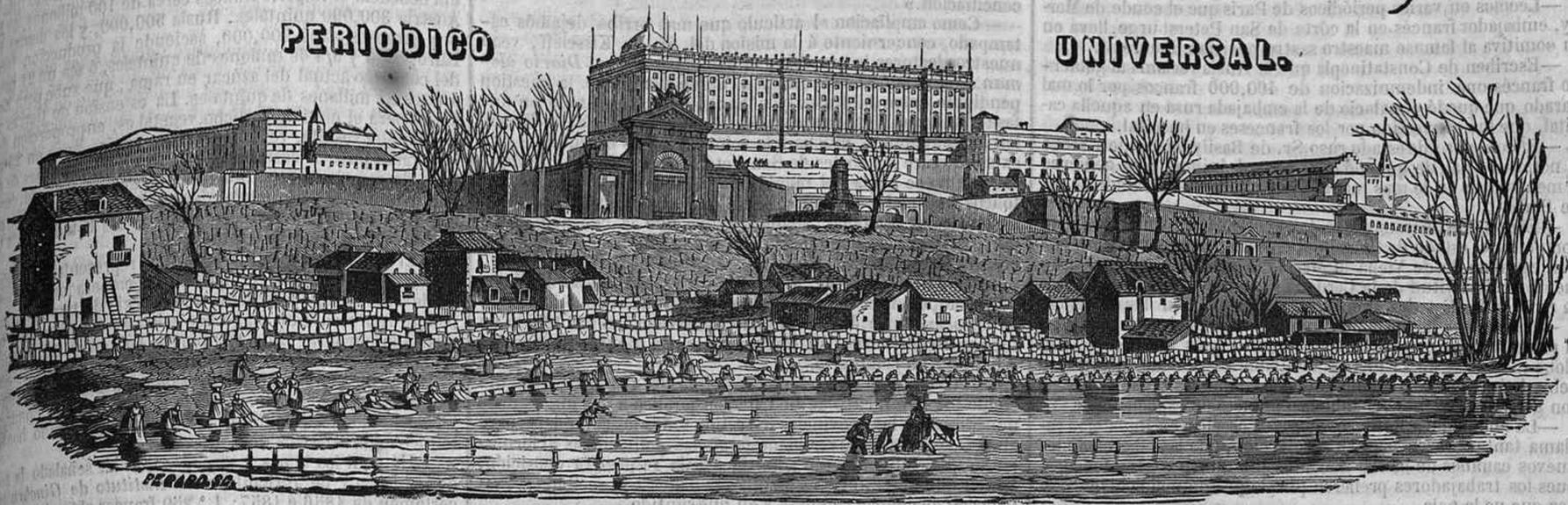


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: Mes 6 rs. Tres 16. Seis 30. Año 50.  
 PROVINCIAS: 8 20 40 60.  
 ULTRAMAR Y ESTRANJERO: Año 5 pesos.—Pagando en Madrid.  
 Número suelto sencillo 4 rs.—Doble 8.—Los siete tomos 530 rs.

NUM. 392.—TOMO VIII.—LUNES 1.º DE SETIEMBRE DE 1856.  
 MADRID: Redaccion y administracion, Barco, 2.  
 PROVINCIAS: Se suscribe remitiendo libranzas ó sellos: si se hace por medio de comisionados, suben los precios de la combinacion con *Las Novedades*, con arreglo á la tarifa que se publica á fin de mes.

Ilustracion y Novedades en Madrid.	Edicion grande.	Mes 12.	Tres 34.	Seis 66.	Año 130.
		8.	22.	42.	80.
Idem en provincias.	Edicion grande.	20.	50.	95.	180.
		12.	30.	56.	110.

REVISTA UNIVERSAL.

**Successos de actualidad.** Las capitulaciones matrimoniales, los desposorios y velaciones del príncipe Adalberto de Baviera con la infanta doña Amalia, se han celebrado en la semana próxima pasada. Con lo cual y un baile dado en Palacio en obsequio de los desposados, ha entretenido el público su atención sin distraerla por eso de las cuestiones graves que penden y cuya resolución aguarda del Gobierno. Este ha publicado por medio de la *Gaceta* los nombramientos de varios gobernadores para las provincias, y elevando á la categoría de mariscales de campo á algunos brigadieres. También se han hecho nombramientos para autoridades militares de algunas provincias, trasladando de unas á otras á varios de los que ocupaban dichos puestos. Los calores que hicieron una especie de tregua han vuelto á sentirse durante el día, aunque las mañanas y las noches han estado agradables.

—La reina de Inglaterra ha decretado una nueva próroga del Parlamento que durará desde el 7 de octubre, hasta el 13 de noviembre.

—Ya se ha concluido la siega de cereales en los Estados-Unidos con un éxito, que no puede ser más lisonjero.

—Lord Palmerston ha admitido la invitación para presentarse en Manchester, centro de los *Amigos de la Paz*.

—Escriben de Argel, que á consecuencia de los estremados calores experimenta la Legion estropeada bajas de consideracion.

—La flota inglesa no se retirará del mar Negro mientras que Rusia no haya dado estricto cumplimiento á lo estipulado en el tratado de París.

—El conde de Morny ha puesto en manos del emperador de Rusia el gran cordon de la Legion de Honor.

—Ya han marchado de Constantinopla los últimos restos de tropas francesas, para regresar á su patria.

—Escriben de París que el mariscal Canrobert será nombrado embajador de Francia en la corte de Madrid.

—Escriben de Constantinopla que de un día á otro debe llegar una nueva diputacion circasiana á aquella capital.

—Ya se ha despedido del Sultán el Sr. Kalimaki, que va de representante suyo á la corte de Viena.

—Espérase de un momento á otro en Constantinopla á Ferukhan, representante de la Persia para el arreglo de la cuestion de las fronteras turco-persas.

—El congreso de los Estados-Unidos del Norte-América ha acordado un crédito de 1.400,000 dollars para nuevas obras de fortificacion. (1 dollar=20 rs. y 2 ms. vn.)

—Parece que el filibustero Walker ha conseguido por fin á que fuera nombrado presidente de la república de Nicaragua.

—Los austríacos, según se lee en la *Gaceta de Milan*, han enviado últimamente refuerzos

de mucha consideracion á Giacenza, sobre todo de artillería.

—El gobierno austriaco ha acometido en Bohemia grandes compras de caballos, recorriendo con este objeto varias comisiones de remonta aquel reino.

—Regnault, el célebre químico francés, á quien se le creía ya muerto, se halla en estado de perfecta convalecencia.

—Segun parte recibido en el ministerio de la Guerra de Francia, no quedaban ya el 18 de agosto tropas de esta nacion en Oriente.

—Por despacho telegráfico recibido en París, fechado en Hamburgo 22 del corriente, sábase que en Estokolmo se ha desarrollado el cólera de una manera alarmante.

—El día 18 de agosto se celebró en Viena con el fausto de costumbre, el aniversario del emperador Francisco José.

—Segun escriben á la *Gaceta universal de Augsburgo*, el almirante británico Stesvart, se ha estacionado en Trevisonda para observar la evacuacion de la Turquía de parte de los rusos.

—A deducir de una órden del día de reciente fecha espedita

por el almirante francés, la Grecia quedará dentro de muy poco del todo evacuada de las tropas aliadas.

—A principios del mes próximo pasado han quedado reducidas á ceniza, los edificios del puerto de la aduana y de la cuarentena en Atenas con todos los géneros depositados.

—Miss Nightingale, la muy filantrópica enfermera inglesa en Oriente, ha regresado á su patria en donde fué recibida con grande entusiasmo.

—El célebre andarín inglés Alfredo Hulson hizo últimamente durante seis dias consecutivos 70 millas inglesas por día.

—Segun leemos en la *Opinione*, hubo recientemente nuevos amagos de invasion en territorio de Toscana, considerándose como primer paso para reproducir la revolucion en Italia.

—El día 29 de agosto debe haberse efectuado la entrada solemne de Alejandro II en Moscow, y su coronacion se celebrará definitivamente el 7 del corriente mes.

—Leemos en un periódico inglés que la tendencia secreta del *Comité de vigilancia* de San Francisco, es la emancipacion de la California de los Estados de la Union.

—Continua la revolucion en la China, y mientras que el ejército de los mandshuhs se reduce de día en día, el del emperador intruso se robustece estraordinariamente.

—La asamblea de los ingenieros y arquitectos de todos los estados de Alemania, se verificará en el presente año en Magdeburgo, quedando reunidos desde el 11 hasta 15 de setiembre.

—Ya ha llegado á Lóndres el enviado estraordinario de la Persia con el cometido de hacer presente á la reina Victoria que su soberano dará á la Gran Bretaña la satisfaccion reclamada, toda vez que el gobierno inglés disponga el relevo del Sr. Murray, su representante en la corte de Persia.

—Lejos de confirmarse la noticia de haber quedado disuelto el *Comité de vigilancia* de San Francisco de California, sábase que desplega una actividad redoblada para limpiar aquel país de tanta canalla que le tiene infestado.

—A tal grado habia subido últimamente en Inglaterra el calor que la guta-percha que envuelve los alambres electro-telegráficos empezó á derretirse entre Dumfries y Carlisle, lo que naturalmente produjo una interrupcion en la corriente eléctrica.

—En ocasion de poner el ministro plenipotenciario ruso en París, baron de Brumew, en manos del emperador Napoleon, en nombre de su soberano, el gran Cordon de la órden de San Andrés, presentó á la vez al príncipe de Cortschakoff, general en jefe de los ejércitos rusos.

—Las noticias mas recientes relativas á las cantidades recogidas en París por la suscripcion en beneficio de los inundados, hacen subir el total á 9.538,303 francos. Resultado en verdad brillantísimo, y que en honor de nuestra época, merece consignarse en los anales de la historia.

—La *Gaceta de Colonia* pretende saber que el emperador de



El coronel JOHN CHARLES FREMONT, candidato del partido whig para la presidencia de la república de Norte América.

Austria habia dispuesto el llamamiento de todos los licenciados del ejército y la inmediata movilizacion de todo el ejército. Parece que la mayor parte de las tropas pasarán a Italia.

—Leemos en varios periódicos de París que el conde de Morny, embajador francés en la corte de San Petersburgo, lleva en su comitiva al famoso maestro sastre parisien Chevreuil.

—Escriben de Constantinopla que la Rusia reclama al gobierno francés una indemnizacion de 400,000 francos por lo mal parado que quedó el palacio de la embajada rusa en aquella capital, que fué convertido por los franceses en hospital.

—El consejero de estado ruso Sr. de Basily ha traído a Viena la noticia oficial de que no estaba en el ánimo de su gobierno el menoscabar en lo mas mínimo lo pactado en el tratado de paz de París.

—El reciente decreto espedido por el gobierno austriaco para completar el estado de fuerza del ejército, tiene su origen, segun escriben desde Viena al *Mercurio de Suabia*, definitivamente en la actitud de la Cerdeña y grande esfervescencia que se nota en los Estados Pontificios, Nápoles y en los Ducados.

—Parece que la fiesta de Napoleon no ha sido celebrada en el presente año con tanto brillo como en los anteriores, y el globo monstruo de 21 metros de diámetro y 33 de altura que debia haber volado, reventó antes de subir a los espacios aéreos con gran sentimiento del inmenso número de espectadores.

—La abundancia de la cosecha de cereales en Inglaterra reclama tantos brazos para su recoleccion, que las labores de los nuevos caminos de hierro han sido enteramente abandonados, pues los trabajadores prefieren por de pronto mejor manejar la hoz que no la pala.

—A mediados del mes próximo pasado llegó a Trebisonda un correo procedente de Erzerum con la noticia de haber llegado a aquella plaza un oficial de E. M. G. ruso (príncipe Mulikoff), portador de pliegos en los cuales se previene a las autoridades turcas pasen a entregarse de la plaza de Kars, puesto que los rusos iban a evacuarla incontinenti.

—Las tropas austriacas de ocupacion en los principados del Danubio estan disponiéndose para retirarse, y ya una gran parte lo ha verificado de ciertos puntos, calculándose que para mediados del corriente no quedará ni un solo soldado austriaco en aquellos paises, marchándose parte a Italia y parte a la Bohemia.

—Restablecidas ya definitivamente las relaciones diplomáticas entre las potencias accidentales y la Rusia, se celebrarán dentro de poco en Londres conferencias entre los representantes de las tres potencias protectoras de Grecia, con objeto de arreglar el asunto de la sucesion al trono de aquella monarquía adhiriéndose al efecto a lo resuelto en el tratado de 1832.

—Ida Pfeiffer, la célebre cosmopolista alemana, asistió a la última sesion de la sociedad geográfica de París, en cuya ocasion fué por unanimidad, declarada miembro honorario de la misma. Tomó asimismo dicha corporacion el acuerdo de recomendar la osada viajera, que tiene el proyecto de penetrar al interior de Madagascar, al ministro de Marina y de las Colonias.

—Adviértese en las filas del ejército napolitano, cuyo estado de fuerza asciende en el día a unos 8,000 hombres, un hondo disgusto, viendo que el rey deposita su confianza preferentemente en los regimientos suizos que se hallan a su servicio, pues ellos solos dan la guardia en palacio y guarnecen los principales puntos fortificados.

—El general Chruloff, que durante el sitio de Sebastopol mandaba una division, y que despues pasó al ejército del Asia habiéndose avanzado en demasía contra la frontera persa y no quedando en contacto con otra fuerza alguna, se vió gravemente amenazado en sus flancos, en cuya consecuencia tuvo que retirarse con precipitacion.

—En las llanuras occidentales de los Estados-Unidos sobrevino no hace mucho entre tres tribus indias un combate muy sangriento, quedando la una que luchaba con las otras dos completamente desecha. Si estas carnicerías de los indios se repiten, sucederá que dentro de medio siglo, ni menos existirá ya tribu alguna india en el Norte-América, pues hace dos años en el mismo sitio hubo una pelea no menos horrorosa.

—De Madrás (India oriental) siguen llegando noticias estremecientes relativas al mal trato de que son objeto los indigenas de aquel país de parte de los secundadores del gobierno británico, á despecho de los discursos pronunciados en contra en el Parlamento y pasos dados por las comisiones investigadoras. El dominio de la compañía de la India oriental es una verdadera maldicion para aquellos habitantes.

—En el reino del Nizan, situado en el centro del Hindostan, gobernado por un príncipe mahometano, bajo la dependencia de los ingleses, han estallado nuevos desórdenes, y estos se reproducirán toda vez que subsista al servicio de aquel país un ejército de 40,000 soldados mercenarios, los cuales siempre que se hallan retrasados en sus respectivos haberes se lo cobran á viva voz.

—Acerca de la reciente estancia de Sir Charles Napier en San Petersburgo, dice el *Morning Post* entre otras cosas: «El trato que Sir Charles esperiméntó en la corte de Rusia, en donde su llegada despertó por cierto una sorpresa extraordinaria, fué sumamente cortés; pero sin embargo mezclado de una buena dosis de ironía muy refinada, la que segun se pudo ver no hicieron gran mella en él, gracias á su poca aprension.»

**Religion.** Segun escriben desde Roma á la *Independencia Belga*, la Santa Sede acaba de conceder al Austria la ereccion de un nuevo obispado en la Dalmacia que se denominará Liburnico, trasladándose á Fiume el de Veglia, capital de la isla del propio nombre.

—Háanse entablado negociaciones entre Roma y Berlin para restablecer la silla episcopal de Aquisgran suprimida en julio de 1822 en ocasion de verificarse el restablecimiento de la silla metropolitana de Colonia, á la que quedó incorporada aquella diócesis en su consecuencia. El Gobierno prusiano está dispuesto á dar la dotacion correspondiente.

—El día 21 de julio tuvo lugar el acto religioso de bendecir el arzobispo del Quersoneso y de la Tauria la parte Sud de Sebastopol que debe reedificarse.

—Léese en la *Gaceta universal de Augsburgo* lo que sigue: «Las negociaciones entabladas por el Sr. Kisseleff, enviado ruso cerca de la Santa Sede, terminarán probablemente con el ajustamiento de un Concordato. No se desconocen en Roma las dificultades en que el Czar, como jefe supremo de la Iglesia griega puede tropezar tratando de hacer concesiones á la Iglesia romana, sin embargo se cree que como gobierno nuevo,

tiene las manos mas libres para esto que el que le ha precedido. Luego consta que el nuevo emperador, lejos de querer reavivar las disidencias religiosas, trata antes bien, y sobre todo, de conciliacion.»

—Como ampliacion al artículo que mas arriba dejamos estampado, concerniente á la mision del Sr. de Kisseleff, vean nuestros lectores lo que sobre el particular dice el *Diario alemán de Francfort*. «Participan desde Roma que la cuestion pendiente entre la Rusia y la Santa Sede ha entrado en una fase mas favorable. Parece que la presencia del Sr. de Kisseleff ha contribuido mucho á la solucion de las dificultades que existian entre las cortes de San Petersburgo y Roma. Aunque todavia no se habla del nombramiento de los seis obispos católicos destinados á Rusia, dícese que el cardenal tiene ya en su poder los diplomas, siendo posible que la cuestion de su publicacion se trate en Moscow al tiempo de la coronacion del emperador.»

**Instruccion pública.** Léese en varios periódicos de Viena que el emperador Alejandro II acaba de autorizar á los P. P. de la sociedad de Jesus, que hasta ahora no habian tenido en todo el imperio bajo su direccion escuela alguna pública, de establecer un seminario.

—En virtud de un reciente rescripto del rey de Prusia, dirigido por el ministro de Instruccion pública á las juntas examinadoras de las provincias del reino, todos los candidatos para el profesorado de universidades-escuelas politécnicas al formular su peticion para ser admitidos á la respectiva oposicion, tienen que acreditar en qué universidades han recibido la instruccion de ciencia religiosa y en qué sentido.

—El senado de la célebre universidad de Tubinga, fundada en 1447, ha protestado contra la traslacion de esta universidad á Stuttgart con 24 contra 10 votos.

—El consejo de Instruccion pública de la Pomerania prusiana ha cercenado extraordinariamente la enseñanza del baile en toda clase de colegios, declarándose asimismo muy contrario á toda reunion de la juventud en que esta preferentemente se entrega á tamaña diversion.

**Jurisprudencia y administracion.** Dentro de poco deberá fallar el tribunal competente en Lyon sobre una causa que no tiene ejemplo en los anales judiciales de la Francia y tal vez de ningun pais. Un quinto del sorteo de este año ha sido sometido á un consejo de guerra por haber rehusado aprender el manejo del arma, alegando que la secta evangélica á que pertenece prohíbe hacer uso de las armas.

Cartas recibidas en Marsella, de Argel, de reciente fecha, anuncian que el Gobierno ha adoptado para aquella colonia el proyecto de dispensar de la obligacion de dar fianzas á los adjudicatarios de tierras señoriales.

—Acaba de abolir el emperador de Rusia el reglamento en cuya virtud las funciones de jefe de la ciudad no podian confiarse mas que á militares. Los funcionarios civiles podrán ser igualmente llamados á gobernar esta ciudad.

—En uno de los mas recientes números del *Boletín Oficial* del canton de Berna, dice el *Diario de Basilea*, leemos una sentencia pronunciada por el juzgado de Buren contra un muchacho de doce años, condenándole por robo á nueve meses de presidio y á la pérdida del derecho político por diez años, pero felizmente *in contumaciam*. Estremécese uno ante tanta barbarie, añade dicho diario, en condenar en estos términos á niños de doce años, es decir, en una edad en que aun no está formado el carácter, confundiendo con los facinerosos y relegándolos á una escuela de toda clase de vicios. Esta censura no toca tanto al juzgado, y sí á la legislacion defectuosa á que tiene que atemperarse. Una sentencia tal no habria tenido lugar con el código nuevo últimamente proyectado, para cuya adopcion se oponen toda clase de obstáculos, aferrándose á él el Gobierno cantonal con grande oprobio del siglo en que vivimos.

—No hace mucho ha sido sentenciado un traficante en leche, establecido en París, á algunos meses de reclusion y á una multa de 20,000 francos, por haberse probado que con leche adulterada ha ganado la considerable cantidad de 80,000 francos.

—El tribunal competente de Rennes (Francia) acaba de sentenciar á la última pena á una mujer de veintitres años, la que, para casarse con un jóven, envenenó á su marido de sesenta y cuatro años de edad y á sus dos hijos.

**Economía política.** Por desdoro del emperador de los franceses ha sido concedido al ministerio de Estado, además de los 400,000 francos, todavia un crédito suplementario de 120,000 para cubrir los gastos del bautismo del príncipe imperial. Otro decreto concede al mismo ministerio la cantidad de 110,000 francos para las fiestas del 15 de agosto.

—La campaña en la Crimea cuesta al erario ruso próximamente 1,000 millones de rublos de plata, en cuya cantidad figura, segun recientes investigaciones, la de 90 millones de rublos (360 millones de francos) por malversacion de caudales de parte de los empleados de administracion militar.

—Establecida una comparacion en cuanto á los resultados financieros entre los años anteriores y el presente, despréndese que en Prusia, por vez primera desde 1848, se han nivelado los gastos con los ingresos, y sin que se haya tenido que recurrir á recursos extraordinarios.

—El Banco nacional, al proceder al balance del mes de julio próximo pasado, contaba en existencia de moneda de plata 61,096,942 florines, ó sean 4,182,408 florines mas que á fines de junio, y en billetes en circulacion 368,222,837 florines, es decir, 184,826 florines menos que al espirar dicho mes. (1 florin=8 rs. vn. próximamente.)

—Un estado ó cuadro comparativo de la proporcion entre la deuda pública y el número de la poblacion de los Estados-Unidos del Norte América, presenta el resultado siguiente: La deuda nacional que gravita sobre los Estados de la Union, asciende para una poblacion total de 26 millones de almas á 40,583,631 dollars. A esta cifra hay que agregar las deudas de los Estados aislados, que suben á 200,766,377 dollars; de manera que en su totalidad asciende la deuda de toda la república á mas de 240 millones. Han contraido además separadamente los condados y grandes ciudades deudas que no dejan de ser considerables; así por ejemplo tiene Nueva York 14 millones, Baltimore 11, Nueva Orleans 12 y Filadelfia 20 millones de dollars (1 dollar=20 rs. y 20 mrs.).

**Industria.** Con los derechos que adeudan en Alemania los azúcares coloniales, ha tomado la industria de la fabricacion de azúcar de remolacha tal incremento, que los Estados de la

Union aduanera solos producen un millon y medio de quintales de este género, de cuya cantidad 5/6 vienen á corresponder á la Prusia que cuenta 192 fábricas. Admitiendo que en el imperio francés cerca de 100 millones de quintales de azúcar beneficia el imperio francés cerca de 100 millones de quintales de azúcar, y los demas Estados europeos otros 500,000, asciende la produccion total en Europa á 4 y 3/4 de millones de quintales, ó sea un 21 por 100 del consumo actual del azúcar en rama, que sube para Europa á unos 22 millones de quintales. La estension de tierras necesarias para el cultivo de dicho vegetal es, en proporcion del beneficio que resulta, verdaderamente nimia, pues en 25 millas cuadradas pueden cosecharse hasta 53 y 3/4 millones de quintales de remolacha, cantidad que da un beneficio de cerca de cuatro millones de quintales de azúcar, es decir, medio millon mas que lo que importa el consumo de los Estados de la Union aduanera y el Austria juntos.

—El conde de Gránville, que debe representar á la reina de la Gran Bretaña en la coronacion del emperador Alejandro II, ha llevado consigo á Moscú una especie de tienda de campaña que representa un magnifico salon en que abunda el oro, el armamento no cederá con sus hermosas arañas y demas adornos de un gusto sobresaliente á un salon suntuosísimo de un palacio. Benjamin Edgington llámase el fabricante de Londres que ha construido esta obra de arte, que hace mucho honor á la industria de nuestros dias.

—Hé aquí los temas y premios que ha señalado la seccion de industria y de agricultura del *Instituto de Ginebra* para el certamen de 1856 á 1857: 1.º 250 francos obtendrá la memoria mejor escrita sobre la probable influencia que ejercerán las máquinas agrícolas de nueva invencion sobre el trabajo de mano, la produccion y el consumo. 2.º 250 francos se otorgará al que mejor desempeñe la cuestion siguiente: ¿Qué nuevos remedios industriales podrá adoptar el canton de Ginebra sin que necesite subsidio alguno del Gobierno?

**Comercio.** Escriben desde Constantinopla que los grandes pedidos de cereales llegados del interior de Europa han producido en aquella plaza una notable alta en toda clase de semilla alimenticia. La cosecha, á consecuencia de una sequia extraordinaria ha sido por demas escasa; pero las grandes existencias del año pasado acopiadas allí paralizarán una subida mayor. Luego debe llegar, procedente del mar de Azoff, hasta un millon de hectólitros de grano á dicha capital.

—Continuan arribando al puerto de Marsella considerables cargamentos de cereales, pues solo en la primera semana de agosto fueron desembarcados hasta 220,000 hectólitros de trigo (un hectólitro=dos fanegas próximamente), cuya procedencia es la siguiente: 50,000 hectólitros de los puertos del reino de Nápoles (Adriático y Mediterráneo), del mar de Azoff 83,000, de Odessa 72,000, de los puertos danubianos Ismail, Galatz y Ibraila 43,000 y de las colonias de Africa 7,000 hectólitros. Además remesó Galatz 11,000 hectólitros de maiz, é Ibraila 25,000 sacos de cebada, porteados por buques de guerra franceses. Todas estas importaciones han producido una baja muy considerable. Existen todavia en el Danubio y en los puertos del mar Negro numerosos buques con cargamentos de cereales, esperando solamente un viento favorable para hacerse á la vela con rumbo á Marsella. Así, pues, cualquiera que sea la cantidad que desembarca cada dia en aquel puerto, se puede asegurar que será todavia mayor en lo sucesivo. Contribuyen asimismo muy poderosamente al movimiento descendente las favorables noticias que se reciben sobre las cosechas del Norte.

—Tiene el Gobierno prusiano el proyecto de organizar para todos los Estados de la Confederacion germánica una autoridad ó comité central, que vigilará sobre los intereses del tráfico de cereales.

—Tal como en Berlin se va á vender en publico la considerable existencia de grano que el Estado tiene almacenado en la provincia de Sajonia para reducir el precio del trigo á su estado normal. En Berlin consiguió completamente el objeto.

—En la Italia central ha tenido el precio de los cereales una notable y súbita baja; así por ejemplo en Florencia el saco de grano que costaba 26 francos, se vende ahora á 20.

**Noticias militares.** Entre los muchos preparativos emprendidos por la Gran Bretaña para el caso de un rompimiento con los Estados-Unidos del Norte-América, figuran cinco millones de cartuchos de fusil á la *Mintie*, mandados confeccionar en la maestranza de Woolwich, y que á fines del mes pasado ya estaban listos para mandar al Canadá. La mayor parte de estas municiones fueron preparadas en dicho establecimiento á razon de 62,000 cartuchos por dia. Tanto este material de guerra, como la multitud de rifles, sables, carabinas y pistolas, que ya se sabe llegaron al Canadá, estan destinadas al armamento de la milicia de aquella vasta colonia inglesa.

—En virtud de un decreto reciente del emperador Alejandro II, se compondrá en lo sucesivo su E. M. de 91 ayudantes generales (entre ellos dos grandes duques y 124 ayudantes).

—Hé aquí un ejemplo de la admirable prontitud con que se hace en Francia el servicio militar. El primer escuadron del regimiento de caballería núm. 12, de guarnicion en París, que debia recibir al mariscal Pelissier en la estacion del camino de hierro y acompañarle por las calles como escolta de servicio, y se no tenia ni la mas leve noticia de que entraria de servicio, y cuando llegó la órden. Doce minutos bastaron, y todos los generales vestidos de gran gala se encontraban ya todos á caballo, y á los diez y siete ya habian salido del cuartel, dirigiéndose al punto de su destino.

—Ha llegado á Londres con uno de los últimos vapores, procedentes de Nueva-York, un agente de la *Volcanic repeating fire arms Company* portador de modelos de esta nueva clase de fusiles, carabinas y pistolas, de cuyo mérito los periódicos norte-americanos hablan con extraordinaria admiracion. La bala es de forma cónica y se parece á las de la parte inferior del cañon que se verifica por la culata. En la parte inferior del cañon hay un hueco ó cavidad para 20 balas de las indicadas, las cuales se introducidas por la recámara, mediante un mecanismo muy sencillo, pudiendo ser disparadas con extraordinaria velocidad. Despachado que sea el repuesto de las balas, se vuelve á hacer dicho hueco, no necesitándose para esta operacion, á lo que se dice, mas tiempo que el que se invierte para cargar un fusil ordinario. Esta arma tiene la grande ventaja que la certeza del tiro no queda menguada aunque haga tiempo húmedo. Parece que la Francia ha hecho ya pedidos de estas nuevas armas.

Vertical text on the right edge of the page, likely bleed-through or a separate column.

**Navegacion.** El navio misto *Algeciras*, cuyo sistema ha sido perfeccionado por Dupuy de Losne, ha hecho en treinta y dos horas la travesía de Tolón á Argel. La comision, al poner de manifiesto la excelencia de este nuevo sistema, ha reconocido la posibilidad de que dicho navio *Algeciras* adquiera aun mayor utilidad.

—Apresta en Rusia una expedicion al mar del polo ártico en las costas de la Siberia. Sabido es que las exploraciones practicadas por Wrangel y Anjou en los años de 1820 á 1823, dieciocho por resultado de que en el mes de marzo existe allí un canal enteramente despejado de todo hielo, lo que confirmaron á su vez otros marineros que se encontraron con el propio objeto mas tarde en aquella apartada region. Kane penetró en 1853 en la costa occidental de la Groenlandia hasta los 83 grados de latitud, donde descubrió un mar totalmente despejado. Los ensayos que se han abstraido los emprendedores y osados hijos de su tiempo, los quiere ahora llevar á cabo la Rusia.

—Ha naufragado últimamente contra el gran banco de Bahama un bergantín holandés que marchaba con rumbo á Nueva York. Salvóse el capitán con la tripulacion, pero los pasajeros, que la mayor parte eran emigrantes europeos, perecieron: de los que fueron arrojados al mar por los marineros algunos de los cuales habrian irremisiblemente sucumbido todos.

—He aquí el número de buques que han naufragado en el presente año: enero 245, febrero 174, marzo 145, abril 157, mayo 112, junio 84 y julio 104. Total en los primeros siete meses 1,041.

—Escriben de Grecia que el almirante francés Bouet-Villaureuil se propone ejecutar con las fuerzas de su mando un simulacro naval para el día del emperador Napoleon, imitando la célebre batalla de Lepanto.

—Entre las diferentes empresas nuevas, encaminadas á estimular los recursos del vasto imperio ruso, citase la de una sociedad organizada en San Petersburgo para la navegacion del Dnieper con un capital social de 3 millones de rublos en 15,000 acciones.

**Obras publicas.** En el ministerio del Interior en Paris se está construyendo una torre en la cual se concentrarán todos los hilos de electro-telegráficos del imperio, y vendrán á parecerse verdaderamente al tejido de una tela de araña.

—La reedificación de la ciudad de Sebastopol va á tener lugar á cargo del Estado y segun plan trazado en San Petersburgo. En el sitio que ocuparon los seis memorables baluartes de la linea defensiva exterior se construirán hospitales y cuarteles para militares y marineros inválidos procedentes de la última guerra. La comunicacion entre la parte Sud y Norte quedará establecida mediante un grandioso puente colgante entre el punto en que estuvo el fuerte de San Nicolás y el de San Miguel.

—Han quedado sin éxito las diligencias practicadas por el gobierno federal suizo cerca del de Cerdeña para que este aprobara el nuevo proyecto de la apertura del colosal tunel del Col de Menouve, que debe establecer la comunicacion entre las vias férreas piemontesas y las del Piemonte. Los ingenieros Guaini y Quarteri, directores principales de esta obra, consideran como de todo punto necesario el dar á la planta del tunel mayor profundidad hasta en cien metros, lo que produciria por el lado del Piemonte una prolongacion del viaducto de 700 metros y 500 por el de la Suiza.

**Caminos de hierro.** Hasta fines de 1855 las concesiones acordadas por el Gobierno inglés para el establecimiento de vias férreas en la Gran Bretaña é Irlanda, comprenden hasta 14,346 millas inglesas de las cuales 8,260 ya en explotacion, 7,371 quedan aun por terminar, mientras que de 1,495 se ha abstraido definitivamente.

—Los caminos de hierro de Francia han producido en el primer semestre de este año 123,961,416 frs., es decir, 12,607,366 francos mas que en el propio periodo de tiempo del año de 1855. A principios de julio último tenia el imperio francés 5,865 1/2 kilómetros de vias férreas en explotacion, y 6,032 1/4 kilómetros en obra. Compone esta estension acaso la décima parte de los caminos de hierro de toda la tierra, ora por explotacion, ora por concluir, cuyo desarrollo total se hace subir á 120,000 kilómetros próximamente, de cuyo guarismo 50,000 vienen á corresponder solamente á los Estados Unidos del Norte-América, mientras que en Europa cuenta Inglaterra 21,377 y Alemania 16,247 kilómetros de vias ferradas, ocupando por consiguiente la Francia el tercer lugar.

—Con preferencia ha decretado el gobierno ruso la construccion de los ferro-carriles siguientes: de San Petersburgo á Varsovia, cuyos trabajos preparatorios tuvieron ya principio hace cuatro años, pero que fueron suspendidos definitivamente á consecuencia de la guerra; de San Petersburgo por Moscow (hasta donde hay ya via férrea), á Odessa y de Odessa á Varsovia por Dubno, desde cuyo punto partirá un ramal en direccion de Brody para efectuar el empalme de la linea Varsovia-Odessa con el camino de hierro del Este de la Gallizia, que de Cracovia parte á Brody. Hállase ya en camino para San Petersburgo el baron James Rotschild de Paris para contratar á nombre de una gran sociedad francesa con el gobierno ruso la ejecucion de los caminos de hierro proyectados.

—Ya nos encontramos con otro siniestro de caminos de hierro norteamericanos, consignado en los periódicos de mas reciente fecha que se han recibido de aquel pais. En la via principal hundióse un puente de ferro-carril en el momento mismo en que le atravesó un tren de mercancías. El director de la locomotora pasó felizmente, pero los wagones y tres dependientes se habbiese desplomado una hora mas tarde, habrian sido víctimas 300 emigrados alemanes.

**Telegrafos.** El telegrafo eléctrico del Mediterraneo partió desde Bonifacio fecha 12 de agosto: «Nos encontramos en la isla de Chia con grandes esperanzas de poder continuar la marcha con el cable que encierra el hilo eléctrico á la costa de Argelia. La máquina es de doble fuerza, y funciona perfectamente. Todo está dispuesto: mañana nos pondremos en movimiento.»

—Dentro de poco empezará á funcionar la linea electro-telegráfica entre Alejandria y Suez recientemente establecida.

—Con fecha 25 de julio escriben de Nueva York. «La sociedad para el establecimiento de un telegrafo eléctrico entre Nueva Fundlandia y el continente americano, ve coronado de un éxito feliz sus esfuerzos, habiendo dejado ya establecido el

alambre entre el cabo de Ray (Nueva Fundlandia) y el cabo de Breton (Nueva Escocia). Hace algunos meses habiase ya hecho vanamente un ensayo. Si, pues, los buques procedentes de Europa arriban en Saint Jones (Nueva Fundlandia), se recibirán las noticias de Nueva York cuatro dias antes poco mas ó menos de llegar los buques mismos, de manera que de este modo llegarán á aquella plaza las noticias de Inglaterra al cabo de siete dias. Terminada esta primera operacion, la *Telegraphic Company, Nueva York, Nueva Fundlandia y Londres*, procederá sin pérdida de tiempo á la inmersión del monstruoso cable que ha de establecer la comunicacion entre la Nueva Fundlandia é Irlanda.»

—Léese en uno de los mas recientes números del *Diario de Constantinopla*, que para el establecimiento de una linea electro-telegráfica entre aquella capital y Belgrado, pasando por Salonich y Alezanitz, ha consignado el Gobierno turco la cantidad de cinco millones de piastras (una piastra, un real de vellón próximamente).

—A la noticia arriba consignada relativa al establecimiento del telégrafo submarino del Mediterraneo, podemos añadir ahora que posteriormente se ha sabido que el cable respectivo se ha roto al colocársele por un incidente enteramente imprevisto.

**Estadística.** En los últimos diez y nueve meses han emigrado del reino de Prusia 17,000 personas con un capital de 12 millones de francos.

—La poblacion de Marsella que en 1821 ascendia solamente á 109,483 almas, cuenta en el día 233,817. En el primer semestre de este año el número de nacidos subió á 233,817 y el de las defunciones á 3,028.

—Parece que en el año de 1856 va á ser para la Gran Bretaña uno de los mas fecundos consignados en sus anales. Segun datos estadísticos oficiales supera el número de los casamientos efectuados durante el primer trimestre del presente año con mucho el sentado como término medio, y tambien la cifra de los nacidos excede á cuanto refiere la historia inglesa para el propio trascurso de tiempo, pues hubo hasta 72,894 mas que defunciones. La mortalidad fué asimismo considerablemente inferior durante el semestre próximo pasado que en años anteriores en igual espacio de tiempo. Las nuevas disposiciones sanitarias planteadas en tiempos recientes, son la causa de este resultado feliz. Sabido es, dicese por último en la memoria de la que hemos tomado estos datos, que Inglaterra es el pais mas sano de Europa. A ella sigue en esta parte la Francia, en cuyas grandes poblaciones de tierra firme el número de las defunciones anuales sube á un 30 por 1,000 y aun á veces á un 40, mientras que por ejemplo en Londres asciende solamente á un 25.

—Segun asegura el *Corriere mercantile* han sido ejecutados en el discurso de dos años á esta parte 130 reos políticos en el ducado de Italia.

—En los periódicos de Basilea leemos que desde el día 12 de julio hasta el 16 del mismo mes fueron castigados en aquella capital hasta 62 lecheros, entre los cuales hubo 12 reincidentes, por haber adulterado la leche.

—La agricultura en California hace progresos asombrosos. Cultívanse en el día ya hasta 484,498 acres de tierras con toda clase de cereales, cuyas cosechas son portentosas. Han sido plantadas 220,611 cepas, 121,219 alberchigos, 19,817 manzanos, 11,378 perales y 63,091 árboles de otras varias clases. En caballos, ganado vacuno, ovejas y cerdos existe á lo menos medio millon de cabezas. Las máquinas de aserrar madera surten anualmente 123,544,000 pies de maderas de construccion. ¡Ojalá que los datos de la estadística criminal no tomasen unas proporciones tan aterradoras en aquel pais de suyo tan rico y próspero!

**Invencciones y descubrimientos.** C. G. Leiauser, ingeniero de minas que fué, y que en el día se halla de profesor en Hiltart, pueblo del distrito de Aquisgran, pretende haber resuelto el problema, designado como insoluble, del movimiento perpétuo. El aparato respectivo es en tres veces mas compendio y equitativo que una máquina de vapor, prometiendo sin embargo poner en movimiento con él toda clase de molinos, bombas, etc., hasta trenes de vias ferradas y buques. Mediante un resorte particular se puede paralizar su accion. Despues de tantos desengaños en esta parte, no será demas pongamos en cuarentena tan estupendos resultados que promete el inventor de la máquina en cuestion.

—En muchos cafes y establecimientos análogos de diferentes grandes poblaciones de Alemania hay pequeños aparatos de reciente invencion, con los cuales se pueden barajar los naipes con una rapidez asombrosa.

—Acerca de la invencion del señor vizconde de la Cressoniere establecida en Lausana, respectiva á una máquina electro-magnética, contiene el periódico titulado *Le Pays*, la comunicacion siguiente: «La aplicacion de la fuerza electro magnética á los aparatos industriales, tropezaba hasta ahora en el obstáculo de que no se podia darles una fuerza necesaria para evitar una grande resistencia en el movimiento. La invencion del señor vizconde envuelve un grande adelanto en esta parte, pues su máquina, provista de cuatro elementos eléctricos, pone en movimiento una rueda de 91 libras, y con doce es la fuerza de accion tan grande como no se ha conocido aun jamás, tratándose del poderoso agente electro-magnético. Esta fuerza se aumentará aun mucho mas luego que se consiga una construccion bien precisa en todas las partes que constituyen la máquina. La que sirvió de ensayo ha sido confeccionada en el establecimiento de fundicion del Sr. Grillet en Lausana.»

**Economia rural.** Del vegetal denominado asfodelo cuyas bulbos contienen una fécula, y que sobre todo crece con extraordinaria abundancia en la Croacia, Istria y Dalmacia, se extrae alcohol de excelente calidad. Cien partes de peso de tubérculos dan 81 de caldo. Este se pone en infusion durante 30 horas con levadura de cerveza en cantidad de un 2 por 100 del peso total, y 100 partes de agua, resultando luego en su destilacion un 8 por 100 de alcohol absoluto.

—Las noticias que se reciben de Irlanda respecto á la cosecha de las patatas son sumamente satisfactorias. El *Freeman Journal* refiere el caso que en las cercanías de Dublin le ha producido á un labrador un morgen (unos 232 estadales generales), sembrado de patatas, hasta 400 libras esterlinas.

—El periódico de Paris la *Presse* dice: «Háse ya terminado la siega en todo el Mediodía de Francia; en el centro y Norte se halla muy adelantada. Los resultados vienen á confirmar nuestros vaticinios emitidos hace un mes. La cosecha en los depar-

tamentos del Sud es mala, mediana en los del centro, y excelente en el Norte, Este y Oeste. El cenizo ha menguado en un tanto en la Beauce y el Brie la cosecha del trigo candeal: sin embargo, el resultado es el de un año ordinario. La calidad de los granos es generalmente de lo mejor que se ha conocido, y ha producido una baja muy considerable sobre el trigo de la cosecha anterior, teniendo sus tenedores bastante trabajo para despacharle.»

—El día 2 de agosto último practicáronse en una hacienda del conde de Béanger en el distrito de Neuilly (Francia) ensayos con las máquinas de segar mieses, espuestas en la reciente esposicion agrícola de Paris. Siete fueron los aparatos de esta clase que funcionaron en aquel campo práctico. Procedentes del Norte-América veíanse dos ejemplares de la máquina de Mac-Cormik, la que el año próximo pasado obtuvo en la Exposicion universal el grande premio, y la máquina de Manny, juntamente la de Hussey mejorada por Dray, y de Francia dos aparatos de Mazier y una de Simon en Paris. El campo del ensayo estuvo subdividido en 20 secciones de cerca de dos tercios de yugada cada una. Solo las máquinas de Mac-Cormik y de Hussey llenaron á satisfaccion de la comision examinadora su objeto. Si bien no debe ya dudarse que la siega de cereales podrá verificarse sin esclusiva aplicacion de los brazos del hombre, necesita la máquina en cuestion, sin embargo, todavia algun perfeccionamiento.

**Necrologias.** El *diario de Roma* del 13 de agosto participa el fallecimiento del Emmo. y Rmo. Sr. cardenal Juan Soglia, obispo de Osimo y Cingoli. Nació el año de 1779 y obtuvo la púrpura cardenalicia en 1838. Su muerte acaeció en Osimo el día 12 de dicho mes.

—Carlos María Ruperto, conde de Arco en Koellenbach, gentil-hombre de cámara del rey de Baviera, presidente que fué del tribunal de apelacion en Munich, capitular de la orden militar de San Huberto, y gran comendador de la de San Jorge, etc., nacido en 8 de mayo de 1769, dejó de existir el 3 de agosto en aquella capital.

—Fernando, baron de Schaezler, jefe de una gran casa de giro en Augsburg, representante en otro tiempo de esta misma ciudad en la segunda Cámara bávara, ha fallecido á la edad de 61 años el día 1.º de agosto.

—El baron de Tamm, miembro de la academia de Ciencias de Suecia, uno de los terratenientes mas poderosos de su pais, que al servicio del ejército de mar y tierra prestó servicios eminentes, célebre por su extraordinaria generosidad para con sus semejantes necesitados, falleció el 24 de julio último á la edad de 83 años próximamente en su quinta de Osterby, dejando una fortuna de mucha consideracion.

—Gustavo, conde de Lowenhielm, general de caballería del ejército de Suecia, y desde 22 de abril de 1818 hasta enero de 1856 embajador y ministro plenipotenciario en Paris, cuya actividad imperturbable á favor de su patria, desplegado en los años de 1812 á 1815, le asegura un lugar muy distinguido en la historia de la Suecia, murió en Estokolmo poco ha, á la edad de 85 años. Mandó el rey que el ejército se vistiera de luto durante ocho dias.

—El doctor Juan Henfner, profesor distinguido de derecho romano en la universidad de Pesh, murió allí á la edad de 57 años el 22 de julio.

—El día 26 de julio falleció en Wiesbade el general Alefeld. Hijo del pueblo, supo por su talento y méritos elevarse á tan culminante categoria de su carrera militar.

EL CORONEL JOHN CHARLES FREMONT.

De las tres fracciones políticas que a la sazón se disputan en los Estados-Unidos del Norte-América la ocupacion de la silla presidencial de la república, la mas noble es indisputablemente la denominada de los *whigs*. La asamblea ó convencion que en el mes de julio celebró sus sesiones en Filadelfia para ponerse de acuerdo acerca del nombramiento de un candidato para la *Casa Blanca*, reunia en su seno muchos de los primeros hombres de Estado, y aun mayor número de aquellos cuya honradez es ya proverbial. El resultado de sus deliberaciones fué el designar definitivamente como candidato suyo al coronel Fremont, el osado trepador de las montañas. Ordinariamente pasan muchos dias antes que la convencion se ponga de acuerdo respecto á la eleccion; pero en esta ocasion solo fueron menester dos votaciones, resultando una unanimidad de confianza sin par en los anales de los partidos políticos norteamericanos. Sin embargo de todo no es muy probable que Fremont triunfe en la presente eleccion de presidente: en cambio es hombre de gran porvenir, y así damos á nuestros lectores, juntamente con su retrato, un bosquejo de su biografía.

John C. Fremont nació en 21 de enero de 1813 en Savannah, en la Carolina del Sud. Su padre era oriundo francés y su madre natural de Virginia. Ya á la edad de cuatro años quedó huérfano y reducido á la pobreza; de aquí el que tuviera por sus propios desvelos y esfuerzos que proporcionarse recursos para poderse dedicar á los estudios á los cuales le impulsara su ambicion y el fuego de su imaginacion. Siendo aun bastante joven consiguió el destino de profesor de matemáticas en un colegio politécnico de Charleston, y como tal no tardó en llamar la atencion pública: debida á esto su fama, obtuvo el nombramiento de teniente de ingenieros de los Estados-Unidos, y entonces fué cuando concibió el proyecto para emprender los viajes exploradores á las montañas, viajes que realzaron tanto su nombre. El primero de estos viajes tan interesantes, tan llenos de rasgos de impavidez y perseverancia, y de resultados incommensurables, le emprendió el año de 1842, y el segundo en 1844. Fremont debe ser considerado como el descubridor, propiamente dicho, de la California, habiendo asimismo durante la guerra sostenida contra la república de Méjico, poderosamente contribuido á su conquista por los Estados-Unidos. Quedó pues California definitivamente incorporada á la grande Unión, y Fremont, que en el entretanto se habia enlazado con la hija del coronel Benton, el muy distinguido estadista y senador por Missouri, abandonó en su carácter de coronel el servicio militar de la república, y se hizo ciudadano del pais cuyas puertas habia él principalmente abierto al mundo, y California su nueva patria agradeciérselo.



MARGARITA PUSTERLA.

POR CESAR CANTU.

(Continuacion.)

Otros se dirigian presurosos á los puntos ocupados por centinelas y vigías; pero antes de que llegaran, el torrente habia arrebatado la débil embarcacion, y solo podian observarla y gritar: — ¡Pobre gente! ¡Que las almas del purgatorio la favorezcan!

Entretanto, despues de diversas alternativas de peligros que hubieran inspirado mas de una vez á Rosalia desesperada el pensamiento de concluir en un momento arrojándose al agua, si la esperanza de salvar á su hijo no la hubiera contenido, la tempestad habia cesado, y por uno de esos cambios súbitos, comunes en la estacion, la atmósfera se despejó de las nubes y resplandecia con los brillantes rayos del sol. En las inmediaciones de Vaprio, las ondas arrastraban insensiblemente la barca hacia la orilla, y un rayo de esperanza iluminó la mente de Rosalia: impelida hacia una roca, que aguzada por las olas que la batian formaba una especie de

par por las ramas; pero ¿y su hijo? Abandonarle, no podia siquiera pensar en ello, y llevándolo al cuello era imposible intentar salvarse de aquel modo tan peligroso.

Pronto se despertó la débil criatura, y comenzó á llorar al sentir en sus miembros delicados el contacto de las tablas, el hambre y el calor de que no lo defendian los lienzos con que Rosalia lo habia cubierto. Cada quejido del hijo era una puñalada para el corazon de la madre, tanto mas cruel cuanto mas próxima habia considerado su salvacion. ¿Cómo acallarlo? Abandonar la higuera que habia detenido la barca era lanzarse otra vez á las pasadas angustias. Quizá, decia, hay un pueblo cerca de aquí; me verán y me auxiliarán. Pero ¡ay! ¿y si no llegarán á tiempo?

Entonces temia que se rompiera la rama, y la apretaba con toda la fuerza que emplea el que se agarra á la última tabla de salvacion, próximo á ahogarse.

Así permanecía, no pudiendo acariciar á su hijo, ni estrecharlo contra su pecho, ni acallarlo con sus besos y meciéndolo sobre su falda. Solo le quedaba la voz, y se servia de ella para acallarlo y dormirlo; ¡ella cantaba al borde del abismo, en el seno de tan terrible agonía!

Pero el niño no escuchaba y no cesaba de gemir, destrozando con sus lamentos el corazon de su desdichada madre. En vano se ingeniaba esta por acercarlo, por tocarlo siquiera con los piés y las rodillas, mientras sujetaba con las manos las

pareció oír sobre su cabeza una especie de ruido; una agitacion vaga: « ¡Oh! se dijo, ¡si pudiera lograr que me oyeran! » dió un grito, lo repitió, creyó que le habian oido, porque callaron: redobló el esfuerzo de su voz, y con efecto, alguien se inclinó al borde de la peña:

— ¿Quién está ahí? gritó una voz.  
— ¡Yo!... ¡una desgraciada!... ¡socorredme! respondió Rosalia.

— ¿Cómo os hallais ahí?  
Ella solo respondió: ¡Socorro! ¡socorro! ¡Tomad á mi hijo! Unos pasajeros lo habian oido, y como pudieron comprender que era una mujer cuya vida peligraba, trataron de socorrerla; pero era menester buscar los medios. La roca muy desigual no solo impedia el acercarse adonde estaba Rosalia, sino tambien el ver si estaba en el agua una barquilla ó sobre un escollo. Ir á buscar un batel hasta Vaprio era un viaje largo, tanto mas cuanto que hubiera sido menester luchar contra la corriente, y entretanto podria ahogarse.

— ¿Queréis una cuerda? le gritaron.  
— ¡Sí! ¡sí!... ¡una cuerda!... ¡socorro! ¡socorro! ¡mi hijo se muere!

Cogieron á toda prisa una cuerda y la echaron. Pero ya porque no sabian donde se hallaba Rosalia, ya porque las desigualdades de la roca apartaban la cuerda de la barca, la desgraciada la veia muy separada para atreverse á soltar la rama



Federico Augusto II, rey de Sajonia, en su lecho mortuario en Brennuehl.—Cuadro por Gisbert Flügen.

gruta, Rosalia llegó á coger la rama de una higuera silvestre, y apretándola convulsivamente: « ¡Gracias á Dios! ¡mi hijo se ha salvado! »

Respiró. Con ojos tranquilos miró á su hijo, y en su fisonomía se pudo notar un cambio semejante al que habia sufrido la atmósfera en aquella mañana. Las olas querian llevarse la barca; pero Rosalia neutralizaba sus esfuerzos cogiendo el árbol con las dos manos. En seguida comenzó á mirar alrededor suyo; la peña en que se habia parado era demasiado estrecha y escarpada; por ningun lado ofrecia uno que fuera practicable.

A la izquierda del Adda se extendia la llanura verde y florida; vigorosos campesinos, activos bergamascos, se entregaban alegremente á su trabajo campestre; pero la distancia era tan considerable, el ruido del rio tan tumultuoso, que no podia prometerse que sus gritos llegaran hasta ellos. Al mismo tiempo el sol, que habia llegado á la mitad de su carrera, lanzando sus rayos á la cabeza de Rosalia, le infligia un nuevo suplicio, como si debiera experimentarlos todos en un mismo día.

Y las horas pasaban, y al huir vió que su posicion habia cambiado, pero no mejorado. Aislada en aquel sitio, lejos de todo socorro, no veia medio ninguno de salir de tan triste situacion. Tal vez le prestaria fuerzas la desesperacion para tre-

ramas de la higuera. Muchas veces estuvo á punto de soltarlas y dejarse llevar por la corriente; pero no se atrevió, y prorumpió en una queja lastimera, que formaba con el llanto del niño la armonía desoladora del dolor. De vez en cuando, cobrando aliento daba un grito con toda la fuerza que le quedaba, lo oía repetido por el eco, por el eco, tan insensible como el alma del avaro. Los pájaros escondidos entre los matorrales salian asustados y huían; pero nadie respondía; un momento despues, todo recaia en profundo silencio, ligeramente interrumpido por el golpe de las olas, que estrellándose contra las piedras, hacian zozobrar la barquilla.

El sol entretanto se ocultaba detrás del horizonte; el ardiente calor que se habia exhalado durante las largas horas del día era reemplazado por la agradable brisa que refresca las noches á la orilla de los rios. En la playa opuesta veia ya Rosalia á los labradores; y con qué sentimiento de envidia! dejar el trabajo, y encaminarse hacia sus pacíficas cabañas; los pastores volvian con sus rebaños al aprisco; las niñas encerraban las gallinas en los corrales.

Era la hora del crepúsculo, la hora del recuerdo para el que ha gozado, sufrido ó amado. Pero para Rosalia solo era preludio de nuevos sufrimientos. La noche se oscurecia; si la fortuna no le habia enviado quien le prestara auxilio durante el día, ¿qué seria cuando las tinieblas cubrieran la tierra? No obstante le

de la higuera; ella gritaba: ¡A la derecha!... ¡A la izquierda!... ¡No puedo cogerla!... ¡Socorro! ¡socorro!

Por fin la cuerda tocó en el vestido de Rosalia. Segura de agarrarla, soltó la rama... ¡Ay! aun no habia abierto la mano, cuando el agua impelió la barca, y la cuerda se deslizó de sus dedos, sin fuerza ya para sujetarla. Otra vez mas vió huir la orilla, y en el alto de la peña á las personas compasivas que habian querido salvarla, y que pedian auxilio á voces.

Ella gritaba: ¡socorro! y les mostraba su hijo. Conmoviolas, pero no sabian cómo auxiliarla, porque el rio se la llevaba. La última vez que miró Rosalia á la playa, vió á un sacerdote que le pareció que le echaba la absolucion. Los asistentes habian doblado la rodilla, y oraban por ella. Ella colocó á su hijo en el banco de proa y se dejó caer al fondo de la barca.

En medio de tantos sufrimientos, el amor maternal le habia sostenido. Ahora prevalecia la desesperacion. Ya no vió ni oyó nada. ¡Puede su pensamiento unirse en tan supremo momento al de los fieles arrodillados en la orilla para pedir con ello al cielo el remedio que no puede ofrecer la tierra!

VIII.

LOS DESASTRES.

Despues de saltar en tierra por la opuesta orilla, el asesino

de Rosalía atravesó las ruinas de Lecco, monumento de la vindicta política, y volvió a ver el bosque en que había concebido el plan de la venganza que acababa de consumar. Entró en la ciudadela, y al llegar á su habitación respiró como el hombre que taca al término de una senda escabrosa, y dejándose caer en su lecho, exclamó:

*«Por fin estoy contento.»*

Pero el placer no es compañero del crimen, ni aun dentro de los corazones mas empedernidos. La alegría que procura este es tempestuosa como el infierno que la engendra. Ramengo sentía brotar bajo su cuerpo punzantes espinas, al paso que las sábanas le pesaban como una lámpida sepulcral; sus miembros agitados se retorcan en la cama; quería aparentar tranquilidad ante su propio corazón, y cerrando los ojos intentaba dormirse; pero cuando volvía en sí, los tenía muy abiertos, clavados en los fantasmas que fascinaban su vista.

No evocaba el miedo estos fantasmas, que le representaban á su mujer y á su hijo en medio de sus angustias. Inmóvil, los contemplaba al borde de su lecho, en la cabecera de su cama, á la puerta de su cuarto. Furioso de no poder evitarlos, gozaba hallando en aquel horroroso espectáculo un manantial fecundo de atroces deleites. Saltó al suelo, corrió á lo alto de la torre, y fijando desde allí sus miradas centelleantes en el lago, con los cabellos negros esparcidos sobre sus febriles sienes, teniendo la espada en una mano, y apoyándose con los dedos crispados sobre la almena, se hubiera creído que era una estatua colocada en aquel punto para adornar el edificio, ó aterrizar con su presencia.

Por fin sacudió la cabeza resueltamente y dijo:

«¡Ahí estás! ahí, en medio de las aguas, mujer maldita! ¡oh! ¡por qué no es eterna esta noche fatal! ¡por qué no sufrirá ella los tormentos que yo he sufrido por espacio de dos meses!»

Luego vio condensarse las tinieblas por el Occidente, y que avanzaba una nube de humo por la superficie del lago. Previó la borrasca y se regocijó; el rayo y el trueno lo transportaban con placer diabólico, porque en el frenesí de su rabia pensaba que su mujer sufriría con ella. El agua que caía del cielo lo calaba; el viento silbaba á través de su desordenada cabellera, sin que sintiera otra cosa mas que el ardor de la venganza.

Hasta el primer resplandor del alba no cesó de mirar al lago. Montó á caballo y recorrió furioso la playa para averiguar si había Rosalía arribado por casualidad, ó mas bien por ver si había lanzado la tempestad su cadáver fuera del agua.

Nada vió de nada oyó hablar.

En el colmo de su horrible alegría creyó que había logrado su intento, y que el lago había sepultado bajo sus ondas á la infortunada víctima con las huellas de su asesinato.

Durante los primeros días, disimuló su remordimiento bajo la máscara de una actividad febril, y mandó preguntar por las cercanías si había puesto en peligro la vida de alguna persona la deshecha borrasca. Con el objeto de vigilar algunas bandas de malhechores que infestaban el valle de San Martín, envió exploradores, que debían decirle cuanto hubieran oído; pero nadie le habló de una mujer ahogada. Pudo pues exclamar:

«¡Al cabo has lanzado tu último suspiro! ¡ojalá haya sido larga tu agonía, tan llena de angustias como te la he deseado y tú la has merecido! ¡Que llegue un día en que pueda gozar con la muerte de tu amante el placer que me ha causado la tuya!»

Quien tenga formada justa idea de los gobernadores militares de todos los tiempos, y del desorden particular de aquella época, en la que, para desenredar un dedalo de negocios, se publicó un estatuto que prohibía perseguir judicialmente los delitos cometidos durante la guerra de Monza, desde noviembre de 1322 hasta diciembre de 1329, comprenderá por qué razón no pidió nadie cuenta á Ramengo de la desaparición de Rosalía. A su subalterno les impuso silencio; con sus iguales se sirvió de pretextos y de ardidés. En Lecco esparció el rumor de que Rosalía había ido á Milan; en Milan, que había huido para compartir el destierro con sus parientes; por fin, que ella y su hijo habían muerto. Fingióse desesperado, y así ocultó su crimen bajo apariencias misteriosas, guardando el secreto con el rigor del lago, su único confidente.

Los años pasaron. Despues de los acontecimientos que acabamos de referir, Pusterla se casó con Margarita Visconti. Como cliente suyo, Ramengo asistió á la solemne pompa de la bendición nupcial. En aquel instante sublime, en que late el corazón en los límites de dos vidas, entre los deseos de lo pasado y las promesas del porvenir, el verdugo de Rosalía recordó el momento en que aquella virgen pura había jurado amarlo. Luego vio cómo la ternura y la felicidad esparcían flores por la senda de Margarita, y unos celos furiosos se apoderaron de su alma, cuando Pusterla, su enemigo mortal, se unió con tan preciosa criatura.

La felicidad de que fué testigo abrió, si acaso estuvo cerrada, la herida que creía haber recibido de manos de Pusterla.

«El me ha robado una mujer, un hijo; él ha sembrado en mi corazón los tormentos que lo devoran... ¡y él es feliz! ¡Y cuántos encantos no ha derramado el cielo sobre la cabeza de su hijo! ¡Oh! ¡un hijo! ¡si yo hubiera podido tener un hijo! ¡qué inefables delicias! ¡qué esperanzas tan risueñas! ¡poder amarlo, poder despertar la envidia! ¡y no tendré jamás un hijo! ¡El es la causa de todo, y él tiene un hijo, un hijo hermoso, y una mujer modelo de belleza y de virtud! ¡Oh! ¡quiera el cielo que halle un día estos vivos deleites! ¡quiera el cielo que pueda llevar á sus labios la hiel que él ha puesto en los míos!»

Tal flexibilidad hay en el odio, que sabe adornarse con las apariencias del amor. Bien fuera porque Ramengo se hubiera dejado cautivar por la virtud y los hechizos de Margarita, como un demonio que ama á un ángel, ó bien porque juzgara incompleta su venganza hasta que devolviera á Pusterla el ultraje que pretendía haber recibido de este, lo cierto es que comenzó á dirigir su atención y sus obsequios á Margarita, tratando de hacerla comprender que había encendido en su pecho una ardiente pasión, que le declaró por fin con la mayor impudencia.

Margarita se creía muy superior á Ramengo, cuya bajeza adivinaba ella por secreto instinto, aunque no tuviera conocimiento de sus crímenes, para que pudieran perturbar su tranquilidad las groseras pretensiones de aquel hombre. Guardó ella un profundo silencio, y pensó que el mejor castigo era el

desprecio. Pero Ramengo no era hombre de los que se dan por vencidos al primer contratiempo; cada día se animaba con su despecho, tal vez esperando conseguir una victoria, tanto mas gloriosa cuanto mas difícil, á fuerza de perseverancia. Además tenía el firme propósito de empezar la serie de sus venganzas contra Pusterla deshonorando su lecho; si no podía lograrlo, le bastaban las apariencias, y que la malignidad del vulgo, condenando á Margarita, turbase el sueño de Franciscolo.

«Esta mujer, se dice él, ¿no es como las demás mujeres? ¿Cuál de ellas no recibe el humo que se quema en su altar? ¡Oh! ella sucumbirá, si se presenta la ocasión.»

La circunstancia que vamos á referir le pareció que se la ofrecía.

Aunque no tan comun entonces como en el siglo XVI y el siguiente, corría entonces la opinión de que un hombre podía pactar con los espíritus infernales, y adquirir así un poder sobrenatural para socorrer á veces, mas frecuentemente para dañar á sus semejantes.

Las tempestades eran atribuidas á los brujos y magos, que tenían tambien poder para calmarlas. Pruebas irrefragables de esto se hallan en las estrañas formas que tomaban las nubes al agruparse, y que presentaban á la imaginación figuras de gigantes, animales y demonios. Los astrólogos, clase de sabios que se rozaban con la magia, dictaban leyes á los príncipes, que los consultaban para emprender sus guerras y sus viajes. Toda enfermedad un poco estraña era atribuida á una maligna intención; los males inexplicables eran considerados obra de magos. Se creía que se reunían ciertas noches en ciertos sitios para celebrar sus infernales conciliábulos.

Estas opiniones no germinaban únicamente en las fiestas populares; al contrario, podía decirse que se habían arraigado merced á las discusiones de los jefes del pueblo. Las repúblicas promulgaron de retos contra los hechiceros; las iglesias los conjuraron y anatematizaron: los sabios disputaban acerca de esto con la mayor seriedad. Cuando los tribunales persiguieron esta clase de delitos, la creencia en la brujería se convirtió en certidumbre. ¿Cómo imaginar que se equivocaba la justicia!

Reducida así á sistema esta opinión tomó consistencia entre los que tenían pretension de eruditos; por otra parte, propagada por habladores de oficio, adquirió tal autoridad, que el nombre de blasfemo recayó al punto en los que se ponían en duda.

Creciendo el poder y el número de los hechiceros en razon de las persecuciones que sufrían, los remedios y los antidotos se multiplicaron de día en día. Mientras las personas curadas conjuraban y quemaban, el pueblo, sin recurrir á tan terribles medios, oponía supersticiones á supersticiones. Entre los mas eficaces remedios se contaba el rocío de la noche de San Juan. El que lo había recibido sobre sí estaba libre de brujerías durante un año. Ciertas yerbas floridas ó cortadas aquella noche eran un talisman contra los hechizos. Esta creencia se unía á otras creencias análogas, inútiles de comentar aquí, pero que han dejado huellas inmensas hasta en el siglo del vapor y de la electricidad, tanto en Italia como fuera de ella. En muchos pueblos se encienden aun hogueras. La noche de San Juan, un inglés que se hallaba en Irlanda la víspera de este día, fué advertido para que no se sorprendiera si veía por la noche luminarias en las alturas circunvecinas. En Newcastle, las cocineras encienden hogueras de alegría en semejante noche. Yo conozco distritos de Lombardia en donde, á pesar de las prohibiciones, se tocan incesantemente las campanas toda la noche de San Juan. De niño he sido conducido algunos años por una buena mujer á recibir el rocío de San Juan, y en diversos puntos me ha enseñado enormes nogales, que despues de haber permanecido secos hasta aquella noche, han aparecido por la mañana cubiertos de verde follaje.

En tiempo de nuestra Margarita se celebraba con mayor pompa, á causa de la fe ó de la credulidad, la vigilia de San Juan. Desde el anoecer hasta el rayar del alba no cesaban las campanas de los ciento veinte campanarios de la ciudad, á fin de que las brujas, que, si acaso lo ignora el lector, tenían un miedo horrible al campaneo, no pudieran coger las yerbas malélicas, ni impedir con sus encantos el cortar las yerbas salutíferas. Entretanto el pueblo no cerraba los ojos y salía en tropel á recibir el milagroso rocío.

Era una especie de fiesta, un Carnaval nocturno. En los pueblecillos todo el mundo se reunía en alguna granja, y allí, al son de los caramillos, los paisanos cantaban, bailaban y oraban juntamente.

Esto por lo que hacen los jóvenes; en cuanto á los viejos, que con pasolento y trabajoso habían acudido á la función, estos se entretenían en ensartar una retahíla inacabable de cuentos de brujas. Una buena señora aseguraba que había visto con sus propios ojos tal ó cual acontecimiento; otra dos, tres y hasta una docena de sortilegios; esta había oído todas las noches mayar á un gato en el tejado de la vecina; aquella tenía costumbre, sobre todo cuando su marido salía de casa ó estaba ausente, de abrir la puerta y cuchichear con un espíritu; las mas sinceras afirmaban que no habían sido nunca embrujadas, pero que era porque nunca habían dejado de bañarse con el rocío de San Juan.

La Iglesia, que intervenía entonces en todos los actos de la vida pública y privada, no dejaba de dar señales de vida en esta ocasión; y como se conserva aun respecto de la Natividad, se celebraban el día de San Juan tres misas: una á media noche, otra al amanecer, la tercera á la hora de nona. Durante y despues de la misa nocturna, se cantaba un cántico de numerosas estrofas y metro variado, que entonaban los clérigos; y el pueblo á voz en cuello, y con los despropósitos que dice cuando canta en latin, respondía:

*Quam beatus puer natus  
Salvatoris angelus,  
Incarnati nobis dati...*

No necesito decir que en Milan era la función mas solemne todavía y mas refinada. Nadie permanecía quieto en su casa; todos salían en distintas direcciones, y especialmente hacía un bosque que se hallaba en el sitio que se llama hoy mismo San Juan de la Paja.

Las damas vestían trajes blancos, adornados con lazos de variados colores, que contrastaban notablemente con el fondo oscuro de la noche. Iban escotadas segun lo permitía la estación y el uso, cubierta la cabeza de flores, que tambien llevaban en la mano en preciosos ramilletes. Muchas de ellas entonaban

canciones de una música sencilla que acompañaban los hombres con el fagot; otras ejecutaban danzas ligeras al son de ó en caballo; todos, noble y plebeyos, ricos y pobres, se diferenciaban que suscita la fortuna, la vanidad y las preocupaciones, se gozaba de una libertad muy comparable á la que reina... en un baile de Carnaval.

No puedo afirmar que Margarita creyera ó dejara de creer en la magia, ni que temiera los sortilegios. Sin embargo, no es probable su completa incredulidad, porque cuando un error pa an de la creencia comun. Lo cierto es que ella tambien se juntaba con la multitud el día de la fiesta, y que se permitía un dulce desahogo con sus compañeras, paseándose con ellas toda la noche.

El vil Ramengo creyó que la presencia de Margarita favorecía sus proyectos, y se mantuvo siempre cerca de la esposa de Pusterla, siguiendo sus pasos como sigue al cuerpo la sombra, al crimen el remordimiento.

Los cronistas, de quienes tomamos estos hechos bastante desconocidos, usan por lo general de un lenguaje que sonaría mal á los oídos modernos, habituados á las imágenes y los nombres de los dioses. No obstante, por lo que respecta á la conducta de Ramengo en aquella noche, se limitan á decir que siguió constantemente y muy de cerca sus pasos. Pero fácil es concebir á qué punto llevó la insolencia, cuando la suave y delicada Margarita se vió obligada á darle un bofetón.

No necesito decir qué grave afrenta fué esta para el alma criminal de Ramengo, á quien las tiernas afecciones servían de estímulo á su malhad. Ningun rubor le causó su grosería; solo vió ultrajado su orgullo, comprometido su amor propio, y la sede de venganza que alimentaba en su pecho contra Pusterla se encendió con mayor ardor contra la mujer de su enemigo.

«Sí, sí, decía él, juntos me pagarán esta ofensa. ¡Orgullosos, yo te haré recordar la noche de San Juan!»

Margarita juzgó prudente no referir á su marido el insulto de Ramengo. ¿Para qué, en efecto? Ella conocía que estaba abierto contra las ofensas de un hombre tan despreciable; y confiárselas á su esposo hubiera dado lugar á disputas y desgracias recíprocas. Además, desde aquel momento, Ramengo no se atrevió á presentarse en el palacio de los Pusterla. Las primeras veces que lo encontró, poco despues de este suceso, rehuyó con cuidado el encuentro de Franciscolo; pero como las atenciones de su patron no habían cambiado cuando lo hallaba en casa de sus amigos, descubrió que no conocía su conducta y se tranquilizó, aunque sin ablandarse: por el contrario, su cólera fué mas viva al ver el desprecio con que Margarita lo trataba.

El odio de los malos crece en razon de la superioridad del que lo provoca. Creyó que era necesario la sangre de los Pusterlas para vengarse de las injurias recibidas. Con ojos escrutadores observaba aquel palacio, cuyos umbrales no se atrevía á traspasar. Ya hemos visto con qué pérfidas insinuaciones escitaba á Luchino á deshonorar á Margarita. Cuando conoció la animosidad de Pusterla contra los Visconti, se prometió que no tardaría en presentarle la ocasión de perderlo; ¡es tan fácil inventar una acusación!

Casi un año había transcurrido desde lo que se acaba de referir, y la fiesta de San Juan abría de nuevo la herida mal curada del alma de Ramengo. Las disposiciones de los ciudadanos para celebrar la velada, distante solo tres días, la alegría de los niños y los preparativos de las mujeres, amargaban su corazón y lo sacaban fuera de sí. No es difícil adivinar qué agradable fué para él oír la imprudente conversacion de Alpinolo; ella le ofrecía el puñal envenenado con que podía herir, no solo á Margarita y á su esposo, sino tambien á sus amigos, á quienes aborrecía sin otro motivo que porque ellos los querían. Y al mismo tiempo que satisficía su vil pasión, ganaba la confianza y el favor del príncipe probándole el celo que le animaba. La ambición, que era su ídolo, le mostraba á lo lejos el fin de sus deseos, y para lograrlo no tenía otra cosa que hacer mas que servir de su enemigo como de un puente.

Fué pues á la corte Ramengo, y habiendo logrado acercarse á Luchino, le reveló toda la trama; y con facilidad se concibe si halló en su corazón colores bastante negros para agravar el crimen y exagerar el peligro que había amenazado al príncipe. La vuelta misteriosa de Pusterla á Milan y el abandono de su embajada daban ya motivo para sospechar de él. Reciente estaba el recuerdo de Plisencia arrebatada á Galeas, justamente por las maniobras de un marido ultrajado; Luchino sabía por otra parte que merecía el odio que le tenían muchos súbditos suyos, y anhelaba tener un pretexto para vengarse del desden de Margarita. ¿Por ventura no ve colmados sus votos el malvado cuando puede encubrir su iniquidad con el manto de la justicia?

Por el informe de Ramengo aparecía que los primeros que debían ser prendidos eran Basabetta y Alpinolo, para decir por las declaraciones de estos de la suerte de los demás. Pero no conocía bastante á Alpinolo para saber que no había tortura que le arrancara la confesion que había de perjudicar á la causa de sus bienhechores. Para salvarlos hubiera sacrificado su vida, vida oscura, de poco precio para el príncipe. Pado su vida, pues mas hábil e har mano á Basabetta. Este no tenía gran interés en callar, y el tormento debía arrancarle tantas confesiones como eran precisas para proceder, si no con equidad, por lo menos legalmente, contra aquellos á quienes se deseaba castigar.

Con la viveza de su genio, y mirando á todas partes, Alpinolo atravesaba la plaza de la catedral entusiasmado siempre con sus quimeras, cuando sintió que lo llamaban en voz baja; con volviése y aperció á un agente del capitán de justicia, con quien solía encontrarse en las asambleas populares, en el juego, los espectáculos, la taberna, lugares que frecuentaba Alpinolo para hacer partidarios en favor de la buena causa.

«¿El bró este encuentro: el agente pasó junto á él y le dijo:—Seguidme.

Y como si no hubiera dicho nada tomó el camino de Broletto Nuovo, penetró en una callejuela, y mirando si lo observaban:—Huid, dijo á Alpinolo, con voz alterada; huid, y preparad tambien á Pusterla medios de escaparse.

—¿Por qué?  
—Porque Luchino ha mandado que prendan á Pusterla, á su mujer y á sus amigos, y que los encarcelen.

—¿Ha descubierto?...  
—Sí, todo lo sabe; el tormento ha hecho hablar á Mene-  
lozzo.  
—¡Traidor!  
—Dios lo sabe.  
—¡Traidor!  
—Nadie ha hablado hoy con el príncipe, excepto Ramengo.  
—Ramengo?  
—Sí.  
—¡Ramengo! exclamó Alpinolo con acento desesperado.  
A un traidor se había confiado; su imprudencia había abier-  
to el abismo que iba á tragarse á sus amigos.  
Furioso se separó del agente de la justicia, y fué á llamar  
atravesando calles y plazas á la puerta del palacio de Pusterla.  
—¿Queréis derribar la puerta? dijo una voz interior.  
Era la de nuestro Franzino Malcolzato, que pasaba por  
hombre gruñon y disputador, que descargaba puñetazos y  
cuchilladas por su propia cuenta ó por la ajena hasta que en-  
tró á servir á Pusterla. Por honrado que fuera un señor tenía  
á su sueldo algunos de esos bajos criminales, ó para quitar tal  
auxilio al enemigo, ó para servirse de ellos en un tiempo en  
que la justicia hablaba por la punta de la espada ó del puñal.  
Cuando Malcolzato vió y reconoció á Alpinolo, abrió en  
seguida la puerta.  
—¿Dónde está Franciscolo? le preguntó impaciente el paje.  
—Ha salido.  
—¿Y Margarita?  
—También.  
—¿Adónde, en nombre del cielo?  
El portero respondió encogiéndose de hombros. Desespera-  
do Alpinolo, fué á la cuadra, montó el mejor caballo y salió  
á buscar á los Pusterla. Las últimas palabras que pronunció  
allí fueron estas: «¡Maldito sea Luchino y sus defensores!»  
—¡Amen! dijo el portero siguiendo con la vista á Alpinolo,  
y sentóse pensando en los Visconti, á quienes detestaba, y en  
su víbora, que dibujó con carbon en la pared.  
Entretanto la tempestad comenzaba. Por orden de Luchino  
avanzaba el condestable Sfolcada Melik con una banda de mer-  
cenarios, que ignorando la lengua latina se mofaban de los  
anatemas del Papa. Los milaneses se asomaban á verlos pasar  
á puertas y ventanas.  
—¿Qué será? ¿Qué no será?  
—Melik!  
—¡Dios nos proteja!  
—¿Adónde van?  
—Llevan escaleras, arietes.  
—¿Van á atacar alguna fortaleza?  
Melik se dirigió hácia el mercado, seguido por los curiosos.  
—¿Va á festejar al señor Barnabe, ó al bello Galeas?  
—No, le tiene envidia.  
—Los arqueros fuercen su marcha.  
—Aguardemos á ver.  
—Se paran en la calle de los Pusterla.  
—Ponen las escaleras al pié de su casa.  
—Mira como trepa aquel. Parece un oso.  
—¿Cómo! ¿A quién buscan? ¿á los Pusterla?  
—¡Santa María! ¡á mis protectores! Huyamos, que no crean  
que somos de su partido.  
Y la mayor parte se iba. Los demas se mantenian á cierta  
distancia temiendo las picas de la gente de Melik.  
La casa era asaltada por todas partes, y al ver los dibujos de  
carbon de Malcolzato gritaban los soldados: Eso es: los criados  
están en la conspiración, gritaba uno mientras ataba á Franzino.  
Los salteadores entretanto habían dejado penetrar dentro  
á la muchedumbre, al paso que se apoderaban de los pocos  
criados que encontraron. Un personaje con la visera caída se  
distingua entre los bandidos, por las investigaciones minucio-  
sas que hacia. De repente ve á Venturino en una galería, lo  
coge y lo contempla como quien quiere devorarlo con la vista.  
En tanto que el niño llama á su padre y á su madre, el  
desconocido le gritaba: «¿Dónde está tu madre?» Y amenazan-  
do al niño que no le respondía, seguía buscando por todas  
partes. No pudiendo hallar á Pusterla ni á Margarita, recogía  
las armas y cuanto podía probar la presencia del primero en  
Milan. Lo que mas celebró fué encontrar la carta que Mateo  
Visconti le había dado para sus hermanos. En seguida mandó  
encadenar á los de la servidumbre, y al partir vió á Margarita  
que ponía el pié en el puente levadizo.  
La miseria de aquel tiempo obligó á muchas mujeres á ven-  
der su belleza y su honor. Una jóven fué vendida violentamente  
á un rico que no escuchaba las súplicas de su víctima. Esta  
recurrió á Margarita, y no en vano, porque su auxilio econo-  
mizó un crimen.  
Con este motivo piadoso acudió á casa de la desgraciada en  
el momento en que debía hallarse allí el corruptor. Fingió igno-  
rar la venta vergonzosa, y alabó la generosidad con que ha-  
bía socorrido aquella extrema necesidad. Esplicóle que tenía un  
marido para la jóven, á un tejedor, y le dijo que los esposales  
se celebraban al día siguiente, siendo aquella buena ocasion  
para mostrar su liberalidad. Vino el esposo, se dió el anillo, y  
Margarita se retiró bendiciéndola por aquellas pobres gentes.  
Al acercarse á su casa la vió Margarita rodeada por la mul-  
titud. ¿Cómo se estremeció su corazón de madre y de esposa!  
Yacilaba al abrirse paso, cuando vió al desconocido con Ventu-  
rino en los brazos. Lanzóse sobre él, pero no llegó á alcanzarlo.  
Este lanzó un grito de infernal alegría al verla, y dijo: «Aquí  
está: que la prendan.»  
Melik dió el orden; pero al caer su velo, al mostrar su ma-  
jestuosa belleza, al contemplar su desesperacion por el peligro  
de su hijo, la soldadesca quedó estupefacta. Pero Sfolcada le  
mandó poner esposas y que se la llevaran. El desconocido se  
acercó entonces á la infortunada madre, y señalándole á su  
hijo le dijo en voz baja: «Margarita, ¿os acordais de la noche  
de San Juan?»  
El pueblo se conmovió, criticó, murmuró y habló en favor  
de los Pusterla. Pronto empero se calmó esta efervescencia.  
Al día siguiente, medio despiertos recuerdan los sucesos de la  
vispera, levantan la cabeza de la almohada y exclaman: «¿Cómo!  
¿es ya de día? Aplican el oido: todo tranquilo.  
—¡Tanto mejor! dicen, ¡gracias á Dios!  
Del ruido y del tumulto de la noche, de las imprecaciones,  
de las fanfarronadas, solo quedaba un terror misterioso, una  
recelosa curiosidad, que se comunicaba en voz baja entre los  
amigos.

—¿Qué hay de nuevo?  
—No sé nada.  
—Y de los prisioneros, ¿qué harán?  
—Dar que hacer al verdugo con ellos.  
—¿Cómo así?  
—¡Iremos á verlos.  
—¿He hablado bien?  
—No sé qué decir. ¡Qué intrigas entre esos señores! ¡Que-  
rer estrellarse contra las paredes! Es lo mismo que si un ca-  
racol quisiera oponer sus cuernos á los de un carnero. ¿Hablo  
bien?  
—Como un predicador.  
—Los hombres han nacido, unos para mandar, otros para  
obedecer. ¿Hablo bien?  
—Muy bien. Por mi parte yo estoy con frailes y cultivo su  
jardin. Si gritan ¡viva S. Ambrosio! respondo ¡viva S. Am-  
brosio! Si chillan contra la víbora, chilló contra la víbora.  
—¡Bravo! así se tienen amigos en todas partes.  
—Y muere uno en su cama.  
Así discurrían unos mientras otros se libraban silenciosos  
é indiferentes á sus cotidianas faenas.  
El domingo siguiente se celebraba una fiesta solemne en  
Milan con motivo del sínodo general de los dominicos, sexto  
de la orden entonces reciente y vigorosa. En él se resolvió tras-  
ladar el cuerpo de Pedro mártir de Verona, muerto en Barlas-  
sina por los que no podían sufrir el celo que desplegaba este  
varon para establecer y hacer funcionar la inquisicion contra  
la heregía. Giovanni Balducci de Pisa, uno de los primeros  
restauradores de la escultura, había hecho la urna que es hoy  
tan conocida en Italia. Giovanni Visconti, hermano de Luchi-  
no, depositó en ella las santas reliquias, revestido con sus há-  
bitos pontificales, á la cabeza de una procesion á que asistian  
todos los obispos de la provincia, la corte, la flor de la nobleza,  
y sesenta gremios de artesanos y negociantes con sus respecti-  
vos estandartes. El pueblo acudió de todas partes; las campa-  
nas no cesaron; las carreras de caballos, la representacion de  
los misterios, las oraciones, la embriaguez y la alegría se mez-  
claban y confundían. Por la noche cánticos, música, ilumina-  
ciones, fuegos artificiales pusieron fin á la fiesta.

IX.

En medio de la perturbacion general producida por aque-  
lla jornada, que hemos tratado en vano de pintar, y que solo  
puede ser bien comprendida por los que prescinden de las cos-  
tumbres regulares de nuestros días para trasportarse con la  
imaginacion á aquellos tiempos de espectáculo, de tumulto y  
de desorden, Alpinolo recorria desesperado las calles de Milan  
buscando por todas partes á Pusterla. Preguntaba por él á  
cuantas personas conocidas se encontraba; llamaba tambien en  
algunas puertas amigas, pero nadie podia satisfacerlo. El ma-  
yor número lo creia loco y le respondia: «¿Pusterla? ¡oh! Pus-  
terla está á cuatro mil leguas de aquí.»  
Con efecto, pocos eran los que sabian que había regresado.  
Perseverando en sus pesquisas, sin que lo preocupara su pro-  
pio peligro, Alpinolo llegó á la plaza de los Mercaderes, y la  
vista de aquellos sitios y aquellos pórticos avivó mas su dolor.  
Penetró en seguida en la callejuela de Santa Margarita, y cer-  
ca del punto llamado Casa-Volta tropezó por fin con Pus-  
terla.  
La verdad histórica nos ha obligado á prevenir al lector que  
Pusterla, insensible á los placeres puros, buscaba emociones  
mas ardientes en culpables pasiones. El mundo lo sabia y no  
lo recriminaba, bien fuera por la corrupcion de la época, ó por  
que su opulencia, su juventud y su belleza hicieran que se le  
perdonaran esa clase de errores y que se le permitieran otros  
peores. Lo mas singular era que sus extravíos servían á la ma-  
ledicencia para murmurar de Margarita, como si pudieran des-  
honrar á una persona las faltas que comete otra, y como si, por  
el contrario, la intachable conducta de esta respecto de su ma-  
rido no le conquistara una gloria pura.  
Precisamente aquel día, Pusterla, que no podía permane-  
cer un solo día ocioso en su palacio, había salido para hacer  
una visita á una de sus queridas, y para recorrer al mismo  
tiempo la ciudad por la vez postrera, como quien se despide  
de una mujer amada, de quien va á separarse por mucho  
tiempo.  
Suerte tuvo en ello.  
Margarita, que había salido para derramar á manos llenas  
beneficios, cayó al volver á casa en manos de sus verdugos; su  
marido se libertó habiéndose ausentado con bien diferente ob-  
jeto: de tal suerte y tanto se engaña quien cree recibir aquí  
abajo la recompensa de sus obras!  
Cubierto con un hábito tosco, oculta la cabeza bajo su ca-  
pucha, Pusterla no hubiera sido conocido por Alpinolo, pero al  
atravesar él mismo el caballo para interceptar el paso á su pa-  
je, le gritó:  
—¿Dónde vas corriendo con tanta furia?  
No hay palabras que puedan describir lo que sintió Alpi-  
nolo al descubrir á su señor, y sin responderle, cogiéndole el  
caballo á Pusterla por la brida, le dijo:  
—¡Huyamos!  
Sin tiempo para interrogarlo el señor, obedeció al impulso  
de su aterrado paje, y juntos se escaparon á todo correr. Pero  
al llegar cerca de la puerta, despues de haberse librado de caer  
en manos de las partidas de soldados que hallaron en el cami-  
no, notaron que estaba guardada por una fuerza armada. En-  
tonces el paje, lleno de desesperacion, comenzó á arrancarse  
los cabellos, á blasfemar de Dios y de los hombres, no viendo  
medio ninguno de evadirse. Presa de un abatimiento horrible,  
se volvió á Franciscolo y le dijo:  
—Estais perdido... os buscan... todo se ha descubierto...  
quieren mataros.  
Estas palabras entrecortadas explicaron á Pusterla el peligro  
que la precipitacion de Alpinolo, el estrépito de las campanas,  
y los soldados esparcidos por la ciudad le habían dejado ya en-  
trevener.  
Pero si la impetuosidad natural del paje, escitada por  
las angustias de un peligro inminente y de un remordimiento  
atroz, no le ofrecian ningun medio de salvacion, Francesco,  
mas tranquilo, supo descubrir uno. Volvió el caballo hácia el  
convento de Brera y en él halló un amable refugio.  
Sabido es que los conventos eran asilos inviolables, del mis-

mo modo que las iglesias y palacios municipales, las cruces y  
los santuarios. Franciscolo debía pues creerse á salvo en el  
convento de Brera, aunque le hubieran visto entrar en él. Por  
esta causa cuando Alpinolo vió que pisaba el caballo de su amo  
aquella tierra protectora, sintió que se le quitaba del corazón  
un peso enorme: se apeó, besó el umbral del convento, luego  
abrazó las piernas de su señor, y bañándose en lágrimas, se  
disponia á referirle su falta y la traicion de Ramengo, cuando  
Pusterla lo interrumpió para decirle:  
—Ve y salva á Margarita.  
En aquel momento la terrible idea de que Margarita podia  
correr tambien por su parte algun peligro, se presentó á la  
imaginacion acalorada de Alpinolo y redobló las angustias que  
padecia.  
Un piloto que trabaja por sacar á flote el buque que  
su inesperienza ha hecho encallar en un banco de arena, el  
criado que ayuda á apagar el fuego que encendió su impru-  
dencia, el amante que quiere arrancar á la mujer que ama de  
la deplorable situacion en que la ha colocado su indiscreto  
amor, no se agitan mas que Alpinolo en aquellos instantes. Su  
propio peligro no le importaba nada: fuera porque los solda-  
dos no hicieran caso de aquel jóven, que pasaba sin duda á sus  
ojos por un escudero ordinario; bien porque fuera protegido  
por la confusion general, ó por ese concurso de circunstancias  
que llaman comunmente la fortuna, él ll go, siempre corrien-  
do á rienda suelta, cerca del palacio de los Pusterla.  
Cuando Alpinolo vió á la multitud que se apiñaba en las  
inmediaciones, un rayo de esperanza brilló en sus ojos é ilu-  
minó su frente; él esperó que los milaneses querian salvar á sus  
conciudadanos y á sus bienhechores, y se puso á gritar:  
«¡Viva la libertad!»  
La muchedumbre abria paso al furioso caballero, y al oír el  
grito que lanzaba, se miraban unos á otros y se decian:  
—¿Qué es lo que quiere?  
—¿Qué diantres grita?  
—¡Viva la libertad!  
—¡Viva la libertad!  
—¡Viva la libertad!  
—Vamos, debe de ser un loco.  
—¡Paso, paso!  
—Dejadle pasar.  
—Dejadle pasar.  
El desdichado Alpinolo llegó precisamente cuando los solda-  
dos se llevaban á Margarita encadenada.  
En el colmo de la rabia y del dolor, no llevando espada á la  
cintura, queria sin embargo comenzar de nuevo, á la pelea, per-  
suadido de que la gente agrupada, que creia él que lo seguia,  
secundaria sus esfuerzos; pero al volverse para estimularla al  
combate, se vió solo, sin un rostro amigo, sin una muestra de  
simpatía: en la mayor parte de los individuos que lo cercaban  
solo se veia retratada en el semblante una baja y estúpida curio-  
sidad; en los demas una inerte compasion.  
Como quien se ve avergonzado de permanecer mas tiempo en  
medio de tantos cobardes, iba ya á buscar la muerte lanzándose  
contra los mercenarios alabarderos, cuando apercibió detrás de  
los soldados al personaje enmascarado, en el cual nuestros lec-  
tores han reconocido tiempo hace á Ramengo.  
Este llevaba todavía en sus brazos al hijo de Pusterla, go-  
zando en poseer con aquel niño un instrumento de venganza  
refinada, cualquiera que fuera el giro que tomaran los aconte-  
cimientos.  
Alpinolo vió al muchacho que no suscitaba la atencion de  
nadie, y conociendo perfectamente que no podia prestar nin-  
gun auxilio á Margarita, se acercó al desconocido gritándole:  
«¡El niño! ¡el niño! ¡dadme el niño!»  
Ramengo no lo aguardó, picó espuelas al caballo, y echó á  
correr por las callejuelas inmediatas; pero perseguido de cerca  
por el paje, se paró con la esperanza de deshacerse de él con sus  
habituales estratagemas:  
—¡Al menos, le dijo con voz alterada, he salvado á esta po-  
bre criatura!  
Estas palabras bastaron para reprimir el furor de Alpinolo,  
y creyendo que era un amigo, le contestó:  
—Dádmelo, dádmelo, para que yo se lo restituya á su padre.  
—¿Y dónde está su padre? preguntó el personaje enmasca-  
rado.  
El jóven abria ya la boca para cometer una nueva impru-  
dencia; pero el recuerdo de la que todo lo había perdido le vino  
á la memoria, y con ella la imagen mas viva todavía del exe-  
crado Ramengo. Comparando entonces la voz y los gestos del  
desconocido, reconoció muy pronto que era Ramengo. Mugien-  
do como un toro que siente el fuego y el hierro de las bande-  
rillas, lo agarró por el cuello gritando:  
—¡Ah traidor! ¡espía infame!  
Empeñóse, dicho esto, una lucha que obligó al pérfido á  
dejar en tierra á Venturino para defenderse.  
Entretanto Alpinolo, que no había saltado á su enemigo, le  
heria en el rostro y le hacia perder los estribos. Ramengo es-  
trechó tan fuertemente al paje, que le arrastró consigo al caer,  
y los dos rodaron por el suelo.  
Alpinolo estaba sin armas y vestido á la ligera; Ramengo  
llevaba un morrion y una armadura completa; pero los golpes  
del paje lo vian sobre él y le pesaban como una maza de armas,  
no dándole tiempo para respirar. (Se continuará.)

LOS APODOS.

Una de las primeras tareas de nuestro padre Adan en el  
paraíso fué, segun los libros santos nos cuentan, la de dar  
nombre á los animales. Esto se explica fácilmente: absorvo y  
confundido el rey de la creacion ante las infinitas maravillas  
que la pródiga mano del Omnipotente había á sus piés derramado,  
pareceme que le veo contemplarlas una á una con ávi-  
da curiosidad, paseando tranquilamente por do quiera su re-  
verendísima persona. Tienta una rosa aquí, huele una flor allá,  
prueba allí una fruta, arranca acullá una planta, y hace, en  
fin, todo lo que hará un niño revoltoso á quien por primera  
vez se suelta en un jardin, con la ventaja de no tener un pi-  
cero guarda que con la escopeta le amenace ó le asuste con  
bu de la llovera. Pero un hombre sin zapatos ó alpargatas  
dando vueltas y revueltas por un terreno virgen é ignorado,



BANIZO DEL PRINCIPE IMPERIAL DE FRANCIA: EL CORTEJO IMPERIAL AVANZANDOSE A LA IGLESIA DE NOTRE DAME EN PARIS, DIA 14 DE JUNIO.



Quiso marchar, pero el ruido lejano de un coche la detuvo con esa conmocion eléctrica que se experimenta algunas veces en la vida; muy inverosímil, si piensas lector en que hay novelas completamente históricas, si recuerdas que tú la has sentido.

El coche se detuvo á larga distancia.

Luisa continuaba los preparativos, cuando oyó disputar á su sirvienta con un hombre que deseaba entrar: bien alcanzó que una nueva orden haria mas efecto que las protestas de la criada; pero estaba muda y clavada en su asiento por aquella conmocion inesplicable.

Entró el funcionario.

—Perdon, señora, dijo al entrar con respetuoso y tímido acento; no habiendo recibido contestacion alguna, me crei autorizado para venir.

Estas palabras sacaron á Luisa de su letargo.

—Es verdad, caballero, contestó, que recibí esta tarde una extraña carta firmada por Vd. Jamás he dado lugar á semejante insulto y pensé un momento en entregarla á mi marido; pero he querido evitar á Vd. un justo castigo.

—Señora!... exclamó indignado el respetuoso jóven; pero pensando despues en la sublime virtud de aquel desvio exagerado, murmuró retirándose: discúlpeme Vd., señora, no sé por qué creí que la amistad de Vd. me permitia desear un momento para ofrecerle mis consuelos, para dirigirla ciertas preguntas; pero... ya me voy... Beso á Vd. los pies.

Luisa tuvo lástima, casi rubor, por su pasada conducta.

—Quédese Vd., amigo mio, dijo sencillamente: soy con Vd. injusta y muy ingrata. Pregunte Vd. cuanto guste, y no se asombre de hallarme en esta ocupacion... me disponia para salir.

El alto empleado reparó entonces en aquel lio:—¿Para salir? dijo balseando aun.

—Sí, amigo mio, respondió Luisa, marchó á Zaragoza...

Y al pronunciar estas palabras, su firme voluntad acabó con tan delicada naturaleza. Luisa lo recordó todo; dobló la cabeza abrumada por el dolor, y dos lágrimas, solo dos, á medio brotar, velaron un instante sus grandes ojos castaños. Cayó nuevamente aletargada en una silla que la presentaba el hombre de estudio.

—Seamos, dijo este acercándose mas, buenos y francos amigos: ¿ha pasado algo nuevo, Luisa, ha inventado su esposo de Vd. algun otro medio de atormentarla?

—Nada mas, contestó la jóven, nada mas que continuar sin una palabra de esperanza, sin una frase de enmienda, esa vida que nos lleva á la miseria, que me mata del modo mas cruel.

Un rayo de orgullo brilló en aquel momento sobre la frente de su adorador.

Luisa, como arrepentida de haber dicho tanto, exclamó repentinamente:—Pero pronto cesarán los tormentos; mi padre me consolará sin duda, y mi marido no tardará en buscarme corregido de sus faltas de ahora.

—No, Luisa, dijo el hombre público; quedan aun otros medios de evitar la publicidad, y vengo á proponer el mas sencillo. Tiene el gobierno en Zaragoza puestos importantes para un médico; allá su marido de Vd. cambiará pronto entre las nuevas ocupaciones y la ternura de toda una familia.

Escuchaba Luisa atentamente; prosiguió su amigo con timidez:—Mañana pues mandaré el nombramiento; obligado á trabajar y á vivir cerca de Vd., su marido será pronto el hombre de antes.

—Verdad que sí! gritó Luisa, loca, embriagada de gozo con tan risueño porvenir: pero apenas habia pronunciado estas palabras cuando volvió á su doloroso abatimiento: tal fué la expresion de sacrificio que notó en el rostro del funcionario.—¿Y es Vd., preguntó cambiando totalmente de tono, es Vd. quien viene á proponerme esa dicha?

—Yo, sí, murmuró el jóven, pálido ya como un cadáver á pesar de su elevacion: yo, el mejor amigo de Vd.

Un escrúpulo atravesó por la conciencia de Luisa: vaciló un momento.

—No! no es ese el título, dijo conmovida hasta no poder callar; no como amigo ha pensado Vd. en eso, sino como...

—Como un hombre, interrumpió fuera de sí el funcionario, que la adora á Vd. locamente.

Contuvo Luisa con una severa mirada aquel torrente de pasión desbordado por la vez primera.

Era el que así la hablaba un jóven de 25 años: llevaba en la fisonomía dignidad y sentimiento; notábase en sus ojos la elevacion de alma que le conquistara despues de largos estudios y sinsabores, justísima fama de talento é instruccion; habia en todo él un sello de aquella asiduidad noble y honrada que le valiera en edad temprana fortuna y posicion.

Muchas mujeres hubieran sufrido con gusto por obtener una atencion suya.

Luisa le miró un momento tierna y compasivamente.

—Basta, dijo despues con el acento sereno y melancólico de su resignada virtud, mientras temblaba el jóven como un colegial. Es Vd. delicado y generoso: pero mi marido nada puede aceptar ya; yo solo pediré que me evite Vd. el tormento de su abnegacion sublime: la reconozco, la perdono, casi la agradezco, pero nada mas: sea Vd. siempre mi amigo desde lejos, yo me quedo cerca de mi esposo á mi rir con él si fuera preciso: primero porque es mi esposo, despues... porque le amo con toda mi alma. Conozco que así será siempre.

Habiase repuesto el empleado.

—Y así debe ser, añadió con el último esfuerzo de su voluntad soberana.

Queclaron los dos un instante en silencio.

—Perdon, señora, murmuró despidiéndose el funcionario.

—Reciba Vd., contestó Luisa alargándole la mano, mi gratitud y mi amistad.

Beso el pobre jóven aquella mano y marchó.

Serian las once de la noche cuando Luisa quedó sola. Estaba otra vez de pie en medio de aquella habitacion fria y rara, abandonada nuevamente á sus pensamientos. Se acordó del dia que premia á los que sufren y llegó delirante cerca de una ventana; puso la frente sobre los cristales cubiertos de humedad con una especie de fiebre que aquel frio no disipó, y se empesó en percibir algo de cielo, en descubrir lo que ocultan esos infinitos millones de leguas, tan negras aque-lla noche, que los hombres llaman espacio. Ni un rayo de luna, ni una estrella, ni una nube pudo distinguir: todo oscuridad arriba; todo silencio abajo, en aquel estraviado barrio.

Luisa cayó sollozando en el sofá. Oíase entonces el ruido de un coche que se alejaba.

Ignoro cómo pasó la infeliz la eternidad angustiosa que media desde las once de una noche de diciembre hasta las siete de la siguiente mañana. Pero ya la hemos visto despertar cuando murió la luz de su palmaria.

Luisa era hermosísima, y la palidez que despertó aumentaría forzosamente la transparencia y delicadeza de su cutis.

Abrió la ventana y dejó que el frio de la madrugada refrescara la habitacion. Despues volvió á su pensamiento constante. Supuso que bien podia ser cierta la enfermedad de aquel amigo de su marido, y que quizás este habia pasado la noche cerca de la cabecera del doliente. Luego disculpó con la juventud y el carácter de su esposo aquella vida singular que necesariamente debia concluir muy pronto: por último, empezó á temer que él mismo se hallase indispuerto, notando que tardaba mas que de costumbre.

Volvió en esto la puerta de la habitacion y entró su marido. Llegaba con paso seguro, pero traia en los ojos y en el semblante la rosada animacion que presta la bebida.

—Buenos dias, dijo arrojando su sombrero, y añadió sin esperar contestacion: podias tener cerrada la ventana; hace aquí un frio insoportable.

Calló la pobre Luisa bajando los ojos.

—¿Sigues en tu mania melancólica? preguntó con despego su esposo. Tampoco esta vez contestó Luisa. Su marido calló tambien contra su costumbre en tales casos, y se sentó en el opuesto extremo de la habitacion. Siguieron otros instantes de silencio.

¿Qué pasaria entretanto en aquel conjunto de hermosura, ternura y delicadeza que se llamaba Luisa?

Solo sé que su marido creyó distinguir una lágrima en sus ojos, y movido á compasion se dirigió á ella.

Pero habia sufrido mucho aquella cándida y superior naturaleza para que se contentara entonces con un movimiento de lástima. Tuvo Luisa un instante de completa transformacion. Antes de que llegara á ella su marido, estaba de pie erguida y serena sin que se notara en su rostro una señal de sufrimiento.

Aquel cambio detuvo y contrarió á su marido.

—¿Por qué no me contestas? preguntó.

—Estoy preocupada, dijo Luisa.

—¿Con qué? preguntó nuevamente su marido.

—¿Indago yo alguna vez la causa de tus distracciones? respondió ella.

—Si es necesario te mandaré que me contestes de otro modo.

—Pues bien, dijo Luisa siempre serena, pensaba en la persona que me ha visitado esta noche.

Para tí, lector, que no conoces á Luisa, puede pasar esta contestacion por una de esas frases que prueban las mujeres como despues, haciéndose mas débiles al prescindir de su debilidad. Para su marido, que desde el momento de entrar recordaba entre los vapores del vino y la frescura de la mañana toda la historia de aquella victima suya, las últimas palabras de Luisa fueron la declaracion de independencia á que habia dado lugar su pasada conducta: fueron tanto como decirle así bien que te debo fidelidad, y jamás te fltaré de un modo indigno de mí; pero nada me importa tu sistema de vida, ni tu cariño, ni tu atencion; pienso en este que me ha visitado, en aquel que miré desde mis balcones: en cualquiera cosa que no seas tú.

Y como todos los maridos indiferentes necesitan indispensablemente una pasion inmensa de parte de sus esposas, el de Luisa empezó por sentir despecho.

Era una inteligencia elevada la del hombre que nos ocupa, y este movimiento vulgar duró poco en él. Pensó muy luego en lo que debia sentir aquella flor que por primera vez enderezaba su tallo para responderle. Durante un solo minuto se mezclaron en aquel hombre el despecho, la curiosidad y acaso los celos, los verdaderos celos que no habia sentido desde que se casó.

—¿Quién ha venido? preguntó vivamente.

—Nuestro amigo el funcionario.

—Y ¿qué te ha dicho? continuó él con igual premura.

Calló Luisa.

—¿Qué te ha dicho? volvió á preguntar su marido ya irritado.

—Que me amaba, dijo Luisa sencilla y tranquilamente.

Lanzóse á ella su esposo y agitó con violencia uno de sus torneados y blanquíssimos brazos.

Estaba Luisa tan perfectamente tranquila que su marido se quedó petrificado.

Comenzaba á caer el velo de sus ojos, y Luisa se levantaba ante él como era; como un ángel de sentimiento y abnegacion.

—¿Es verdad, preguntó mas sereno, que te ha declarado su amor?

—Es mucha verdad, replicó Luisa.

—¿Y tú...? balseó su esposo.

—Contesté como él merecia y como debia yo, dijo Luisa siempre tranquila.

Aquella contestacion encerraba todas las seguridades apetecibles, pero el tono con que se habia dicho la quitaba muchísima fuerza.

—¿Ese hombre es pues un villano? preguntó todavía su marido.

—Yo, por el contrario, le creo muy noble y generoso, añadió impasible Luisa.

Otra vez dió su marido un paso hácia adelante ciego de cólera y despecho.

Otra vez se contuvo ante el frio continente de su bellissima esposa.

—Voy á matarle; contigo me veré despues, dijo por fin cogiendo su sombrero... y desapareció.

Luisa no hizo un solo movimiento para contenerle; tan alto la decia su instinto de mujer que el funcionario no estaba ya en Madrid.

El aire libre volvió á su marido el uso completo de la razon; antes de salir de la calle en que vivia caminaba de vuelta hácia su casa. Habia comprendido que ni la hora ni la manera con que iba á provocar al funcionario, eran á propósito para evitar el ridículo y lograr su objeto.

Sentia por otra parte desde que comenzara la explicacion cosas estrañas y raras. Empezaba á creerse avergonzado ante

aquella mujer que sabiendo todo lo que él valia, le miraba encenagado en el vicio; veia á Luisa revelando con sublime y escéntrica franqueza la única frase que pudiera repugnar á sus oidos entre cuantas le dijeran desde el dia de su matrimonio; contemplaba aquella resignacion que resistiera á la mas completa indiferencia y comprendia que en la confesion misteriosa de la escena anterior se mezclaba una venganza para el cariñoso heróico de Luisa con una leccion para el indisculpable abandono de su marido.

Era él un hombre superior: carácter vehemente de enérgicas y rápidas decisiones. La vida que llevaba era una embriaguez moral, indefinida, de la cual podia pasar lo mismo al crimen que al heroísmo.

Subió lleno de ansiosa inquietud las numerosas escaleras de su habitacion.

Luisa estaba sentada en aquel mismo sofá, donde tantas noches la tuvo llorando su marido. No esperaba verle aun; este sorprendió una lágrima en sus mejillas de nieve.

Se agolpa on de pronto á la imaginacion de aquel hombre los mil tormentos que su fogoso carácter habia amontonado sobre la preciosa mujer que miraba: mujer tan pura, tan dulcemente distinta de las que buscaba diariamente su estraviada vehemencia, y se arrojó á los brazos de Luisa, dejando tambien que asomara á sus ojos una lágrima que se disipó avergonzada.

En un momento habia cambiado totalmente.

No era ya compasion, era arrepentimiento lo que sentia.

—Luisa, exclamó, tú conoces mi alma franca é impetuosa; jamás te he prometido variar, porque ningun síntoma de mudanza habia sentido hasta hoy: óyeme Luisa: si te jurara por mi fé de caballero que me conocia con fuerzas para no cansarme nunca de los infinitos encantos que he descubierto en tí, si te jurara un amor eterno, suave como tu primer beso, obsequioso como mi primera galanteria, ¿me amarias aun, Luisa, me dirias todo lo que contestaste á ese hombre!

—Y tú no buscarías al pobre jóven si yo te probara que no debias darte por insultado con sus palabras? respondió Luisa tímida y recelosamente.

—Difícil prueba, dijo su marido con ternura: pero si me convences, si repites fielmente lo que contestaste....

—Contesté....

—Qué, interrumpió él con la mayor ansiedad.

—Que eras tú solo el que yo amaba con toda mi alma, dijo Luisa cayendo en los brazos de su marido que la esperaba lleno de la mas casta, de la mas vehemente y duradera ternura.

Eran entonces las diez de la mañana: una ligera capa de nieve cubria los tejados, las calles y los campos que dominaban las ventanas de Luisa, y libre el sol de la niebla y de las nubes comenzaba á introducir en la habitacion del matrimonio alguno de sus benéficos rayos de diciembre. Luisa y su marido gozaban en la ventana el suave calor de aquel sol que reflejaba la nieve en los tejados de enfrente. Preparaban para el dia inmediato el método con que él debia trabajar en casa y visitar fuera, de modo que ella le viera casi siempre. El dia que comenzaba se s lemoizaria gastando en placeres domésticos aquel precioso resto de dos duros.

Pasaba el marido cariñosamente la mano entre los abundantes cabellos de la mujer con ese abandono tierno y confiado que solo cabe en el amor de los casados. Tal vez calculaba entonces los innumerables riesgos á que su conducta hubiera llevado á Luisa entre la soledad y la miseria.

En la entrada de la carcel de mujeres que se descubre perfectamente desde las primeras casas de la calle de la Palma, se agrupaban las gentes para presenciar la llegada de una señora jóven y rica comitadada en cierta causa por estafa.

El médico artista posó los labios sobre la fresca y deliciosa boca de su mujer.

Una silla de posta cruzó en aquel momento la calle de San Bernardo; marchaba el funcionario á estudiar la administracion austriaca.

—¿Vivirás siempre así? decia Luisa á su esposo cariñosamente.

—Yo te lo juro, contestó el médico.

Despues he sabido que cumplió sus juramentos.

II.

Pero volvamos atrás ya que escribimos historia.

Supe yo todos estos sucesos la misma mañana en que ocurrieron por el funcionario, mi íntimo amigo, cuya de perdida recogí entre lágrimas, y por la criada de Luisa á quien pregunté llevado por mi eterna curiosidad.

Soy tan amante de las cosas raras que no reparo en medios para saberlas ni para contarlas.

Volvia pues á mi casa muy satisfecho con mis noticias y con la idea del almuerzo que me aguardaba.

Recopilemos, me decia á mí mismo cruzando la Puerta del Sol.

Un funcionario jóven y sabio que pierda su posicion, se aleja de su familia y de su patria por no turbar la vida de aquella cuyo amor tal vez hubiera obtenido con mas constancia y menos delicadeza.

Una mujer jóven, hermosa, lista y abandonada, que ama mas cuanto mas la ultrajan, aun siendo el que la ofende su marido... y espera... y triunfa.

Un médico, jóven tambien, jugador, vicioso en la lata acepcion de la palabra, que se corrige de pronto y con una leccion para toda la vida.

¿Qué gentes tan estrañas! me repetia á mí mismo, caminando con cuidado para no resbalar sobre la nieve.

Al llegar frente á correos encontré á un pintor amigo mio, que por solo su talento acababa de ser pensionado con destino á Roma, y que no obstante me lo dijo; hasta me saludó fina y cordialmente.

Entrando despues en lo que llamo mi casa, noté que la patrona no daba voces; que me servian un almuerzo sabroso y abundante.

Consultando por último con mi bolsillo pude pedir un thé.

Era aquella mañana la mañana de las cosas raras.

PIO GULLON.



# PATROCINIO.

POLKA COMPUESTA POR J. GONZALO.

*Con 8.<sup>a</sup>*

**Introduccion.** *All.<sup>o</sup> brillante.*

*8.<sup>a</sup>* *rall.* **Polka...** *Moderato.*

UN BUEN CHASCO

The musical score is presented in a standard two-staff format (treble and bass clefs). It begins with a first system labeled "1.ª vez." and a second system labeled "2.ª vez." indicating a repeat structure. The score includes various musical notations such as notes, rests, and dynamic markings. Key markings include "P." (piano) and "F." (forte). The piece concludes with the instruction "D. C. hasta el fin." (Da Capo hasta el fin).

## UN BUEN CHASCO.

Es cerca de media noche. Dos hombres se estan paseando por el balcon de una casa del muelle Voltaire en París; el mas jóven de ellos escucha con visible impaciencia los períodos de su interlocutor, y logra con dificultad ahogar un hosteizo irrepetible. El segundo personaje no tarda en conocer que está predicando en el desierto. En efecto, se detiene el jóven para contar las ventanas del Lovre y las girándulas de gas que se reflejan en las aguas del Sena. Terminado su cálculo, y viendo que las amonestaciones siguen su curso, se pone á escuchar el ruido del rio al pasar por debajo de los arcos de bronce del puente de los Santos Padres, y finalmente parece absorto en la contemplacion de un magnífico efecto de luna en las olas.

¡Conclusion! dijo de repente el sermoneo; Pablo, es menester que te cases sin demora.

—¿Está Vd. soñando, querido tío? exclamó el jóven volviéndose hácia su interlocutor.

—Gracias á Dios que ya me escuchas, dijo entonces el tío á su sobrino. Vamos adentro; me atormenta mi reumatismo, y podría jugarme una mala pasada.

Nuestro banquero rayaba en los cincuenta. La vida sedentaria que entonces hacia, habia aumentado su capital primitivo y desarrollado por demás su abdomen. El uno y el otro seguian las leyes de una progresion geométrica creciente que era necesario contener, so pena de alcanzar el guarismo de la fortuna de Rostchild y de morir de un ataque apoplético.

Mr. Bruno (que así se llamaba el banquero) resolvió aceptar 800,000 francos que se le ofrecian en cambio de su clientela, y comprar en las cercanías de Ingouville las tierras y la quinta de Rocheblanche, deliciosamente situada, en donde podría entregarse al ejercicio de la caza y combatir los progresos de la obesidad...

Quedábale sin embargo un negocio importante por concluir antes de llevar á cabo sus proyectos de retirarse á buen vivir. Las amonestaciones que acababa de dirigir á Pablo no eran otra cosa que un preludio indispensable para llegar á esta terrible conclusion: «Es menester que te cases.»

Tutor de su sobrino, Mr. Bruno habia escrito su nombre en la lista de los socios de la casa de banco.

Habiendo visto Pablo que en el espacio de cuatro años se habia duplicado su pequeña herencia, se mostraba sumamente atento con el precioso tío á quien debia su fortuna.

Hacia sin embargo mas de un mes que parecia decidido á administrar personalmente sus fondos, y se emancipaba hasta el punto de recordar que era mayor de edad cuando se le pedia alguna explicacion acerca de ciertas sumas de considerables sacadas de la cuenta de su tutela. Pero en esas discusiones suscitadas por su tío, nunca salia Pablo de los límites del respeto.

—Siéntate, dijo Mr. Bruno á Pablo, viendo que se quedaba en pié cerca de la ventana. El matrimonio de que te voy á hablar es un negocio magnífico para tí.

—Le agradezco á Vd., tío mio, el cuidado que se toma por mis intereses; sin embargo...

—¡Silencio! Me parece que podrias oirme antes de entrar en el capítulo de las observaciones.

—Le escucho á Vd. dijo Pablo, tomando el semblante de una víctima que va al sacrificio.

Cuando me decidí á sacarte de Dieppe para traerte á París, continuó el tío Bruno, acababa de casar mi hija con uno de los comerciantes mas ricos de Marsella, noble por mas señas, el conde de Montbreuil, que no se desdénaba rehacer, por medio de una industria honrosa, la fortuna de sus antepasados destruida por la tormenta revolucionaria. Una muerte prematura disolvió ese matrimonio. Tu prima queda pues libre, es muy hermosa y no tiene hijos; duplico en tu favor su dote primitiva, y serás mi yerno.

—Ni yo conozco á mi prima, exclamó Pablo sobrecogido.

—Ciertamente que no la conoces. Desde sus mas tiernos años tuve que encerrarla en un colegio, porque además de ser viuda estaba constantemente viajando. Pero poco importa; te aseguro que es jóven y hermosa.

—¿Y quién le asegurará á Vd., querido tío, que yo le agradeceré?

—¿Quisiera ver ¡vive Dios! que no se enamorase locamente de tu persona.

—Pero sin embargo...

—Vamos, calla, prosiguió M. Bruno; ya sé que eres modesto. Has de convenir sin embargo en que hasta ahora no has podido quejarte mucho de los rigores del bello sexo. ¿No eres acaso el primero de nuestros leones? En todas partes te citan como un tipo de elegancia. ¿Dónde encontrarás facciones mas nobles que las tuyas, un porte mas majestuoso, una barba mas negra y mejor alineada? ¡Mala peste! ¡Ni al Apolo del Belvedere le aconsejaria que compitiese contigo! Queda pues convenido que te cases con mi hija.

—No, tío, dijo Pablo con firmeza. Está Vd. persuadido de que siento profundamente no poder acceder á su deseo.

—¿Qué significa ese lenguaje caballero?

—Significa, querido tío, que en la imposibilidad de hacer feliz á vuestra hija, solo me resta rogar á Vd. elija para ella otro partido.

—Entonces, señor sobrino, se servirá Vd. explicarme los motivos de su negativa.

—Mas tarde los conocerá Vd. Por ahora, no puedo revelar un secreto que no es exclusivamente mio.

—El secreto que me ocultais, caballero, lo conozco.

—¿Usted? tartamudeó Pablo, en cuyo rostro se traslució no poca emocion.

—Yo mismo; y sin mas rodeos es este: ama Vd. á la baronesa de Aurillac.

—¡Dios! Cómo se hace...

—¿Qué tengo tan buenos informes? No me conviene decirselo á Vd., señor sobrino. Hace seis semanas que encontró Vd. por primera vez á esa baronesa.

—Es verdad.

—No descansó Vd. hasta que se hizo presentar en sus salones.

—Lo confieso.

—Agradecida por vuestras constantes atenciones, no tardó la dama en permitir las visitas de la mañana. Desde entonces,

le comunicó á Vd. todos sus secretos. Le insinuó á Vd. que graves consideraciones políticas exigian que recibiese á muy poca gente; le confesó á Vd. que un pleito con colaterales hambrientos ponía en cierto modo bajo secuestro la mejor parte de su fortuna.

—¿Y qué sé yo qué mas! Semejantes cuentos son completamente inverosímiles; sin embargo, hace ocho dias tuvo Vd. la imprudencia de prestar diez mil escudos á esa mujer, cuya solvencia me parece mas que dudosa.

—¡No titubearia en confiarla cuanto tengo! dijo Pablo herido hasta lo vivo por las sospechas que se le querian inspirar.

—En eso consiste precisamente tu imbecilidad. ¿Eres un loco! exclamó M. Bruno. Afirma la noble baronesa que ha colocado en una compañía de seguros los pocos fondos disponibles que le quedaban, y es muy natural que haya recurrido á tí para verificar el primer pago del palacio que acaba de comprar en la calle de los Santos Padres.

—Por manera, tío mio, que me habeis hecho espiar, dijo Pablo en tono de vituperio.

—Ciertamente que sí, señor sobrino. Pero no mas interrupciones, que aun no he acabado. Esta mañana la ilustre baronesa manifestó el deseo de ir al Havre. Este deseo era una orden para tí... siempre porque la dama tiene colocados sus fondos en una compañía de seguros, te propones sacar de mis cajas otros cinco mil francos para costear los gastos de su escursion de placer.

—Ni una palabra os he dicho aun sobre el particular, exclamó Pablo, cada vez mas sorprendido.

El tío Bruno se acercó á una de sus cajas fuertes, la abrió tocando un resorte oculto, y sacó de ella cinco billetes de banco, que entregó á su sobrino, prosiguiendo en estos términos:

—Tengo la costumbre de no contrariar las inclinaciones de nadie. Mi misma hija, antes de contraer segundo matrimonio, quiere estar segura del afecto de su futuro marido. Ya puedes ir con la señora de Aurillac; y si no te basta el dinero que tienes en tu cartera, dirígete á Fevrel, mi corresponsal en el Havre. Tengo á tu disposicion el resto de tu fortuna. ¡Tanto peor para tí si te dejas engañar por una intrigante!

—¡Ah, querido tío! es la mujer mas noble, mas llena de cualidades adorables...

—Y la mas diestra para hacer ver versiones á un tonto, sobre todo cuando es tan poco perspicaz como mi señor sobrino.

—¡Ah! exclamó Pablo furioso, ¡me daréis una explicacion de esas palabras!

—¡Poco á poco! ¿Si vendrás ahora á desafiarme?... Antes de llegar á este extremo con un tío que te quiere, te ruego te informes de cierto individuo que estaba ayer á solas con madama de Aurillac, y á quien hubieras visto echar á correr á tu llegada si no te cegase el amor.

Una palidez repentina cubrió el rostro del jóven. Habia creído ver en efecto, la vispera, la sombra de una persona debajo de una de las ventanas del salon de la baronesa. Antes que sospechar una traicion, habia dudado del testimonio de sus ojos; pero el discurso de su tío acaba de asaltar cruelmente su confianza. Y sin averiguar como habia podido saber tantos pormenores, exclamó:

—¡Desgraciada, oh, sí! ¡desgraciada de ella si me engañase!... ¡La mataría!...

Y salió precipitadamente del gabinete de su tío.

¡Bien, muy bien! exclamó el tío Bruno cuando estuvo solo y riendo á carcajadas; aun no ha llegado al término de sus trabajos. Y ella ¿cómo saldrá del paso? ¡Vaya! el enamorado tendrá la culpa y habrá de comprar muy caro su perdon. Poco importa: mi amable sobrino se casará con mi hija.

En la mañana siguiente, el tren del ferro-carril del Havre se llevaba á Mad. de Aurillac y al sobrino de Mr. Bruno.

Es probable que la baronesa se hubiera justificado, porque el banquero recibió una carta concebida en estos términos:

«Ya se lo habia dicho á Vd., querido tío: es la mas noble y virtuosa de las mujeres. Ha convenido en la vista del mencionado personaje y en su fuga á mi llegada. Pero me ha dado á entender que motivos graves le impedian enterarme de las relaciones que existen entre ella y el hombre á quien recibe de un modo tan extraño. No me queda duda de que de todo esto son causa las razones políticas de que me ha hablado, ó quizá el eterno pleito. Y como insistiese todavía despues de una confesion tan franca, me preguntó con arrogancia si yo sospechaba el amor de la estimacion, y si le hacia el insulto de sospechar de ella. Me arrojé entonces á sus piés, la supliqué que me perdonase mi locura, y la acompañé á los baños de «mar. No me acuse Vd. de ingratitud: siento que ya mi destino está unido irrevocablemente con el de la baronesa; me sería imposible amar á otra mujer.

»PABLO.

—¡Mi tilburi! exclamó el tío al terminar la lectura de esta carta, ¡y pronto al parador del ferro-carril!

Sin embargo, nuestros enamorados llegaron al punto de su destino. Dos dias despues de la llegada de Pablo y de la baronesa, hubo un gran baile en Frascati. Ya se habian refugiado los pelucones alrededor de las mesas de juego, y la orquesta tocaba una contradanza de Musard, cuando las bailaroras se miraron de repente con cierta inquietud llena de celos. Apoyada en el brazo de Pablo, Mad. de Aurillac entraba en el salon. Todos los hombres la acogieron con un murmullo lisonjero y la proclamaron reina del baile. Es menester confesar que la baronesa estaba encantadora.

Pablo y su compañera aun no se habian presentado en la sociedad de los bañistas; quisieron ver primero el Havre y sus cercanías. La vispera se habian ensillado en el patio del hotel dos magníficos caballos ingleses, y Mad. de Aurillac, graciosamente vestida de amazona y acompañada de Pablo, habia echado su corcel al galope alrededor del puerto y en la playa. Subieron en seguida al cabo de la Heve, y bajaron en direccion á Ingouville por estensas avenidas bordadas de elevados álamos y tilos. Habian dejado ya atrás á Ingouville y estaban enfrente de la quinta de Rocheblanche. Conmovió desde luego á la amazona el aspecto pintoresco del punto; y echando en seguida al jóven una de esas miradas que nunca dejan de producir efecto, añadió con voz conmovida:

—He soñado á menudo que habitaba en un sitio como este lejos del tumulto y de las grandes ciudades, lejos de las intrigas del mundo. Veia desde mi ventana el mar, cuya inmensidad hacia pensar en Dios. En torno de mi retiro, grandes

árboles como los de ese hermoso parque me enviaban su frescor con mil cantos de pajarillos.

—¿Y en este delicioso retiro vivia Vd. sola, señora? preguntó su compañero.

—No siempre, contestó aquella. Un hombre cuya ternura habia sometido á las pruebas mas duras, me acompañaba algunas veces bajo las bóvedas de los árboles del parque, que cobijaban con su sombra nuestras largas pláticas. Meciase nuestra barquilla en las olas de la mar, y toda la naturaleza celebraba con su sonrisa nuestra felicidad... ¿No es verdad, amigo mio, que era encantador mi sueño?

—¡Oh, lo realizaré, lo realizaré! exclamó Pablo.

Una hora despues se presentó al corresponsal que le habia indicado su tío, anunciando á M. Fevrel que cuando mas tarde que aun le quedaban en las cajas de Bruno.

Pero antes de la visita de Pablo, el corresponsal del Havre, acababa de recibir otra, la del tío Bruno en persona. Por poco no se encuentra cara á cara el banquero y su sobrino.

—¿Cree Vd. que su tutor aprobará el uso que va Vd. á hacer de ese dinero? preguntó Mr. Fevrel al jóven.

—Estoy fuera de tutela, respondió Pablo.

—Sin duda; pero no queda Vd. exento de las consideraciones que debe á su tío. Soy uno de sus antiguos amigos, y me tomo la libertad de hacerle á Vd. algunas observaciones. Si son exactas mis noticias, quiere Vd. comprar la quinta de Rocheblanche, para ofrecerla en seguida á una mujer que le engaña á Vd.

—¡Caballero!

—Permita Vd.; tengo pruebas. Ayer, Mad. de Aurillac dió una cita en el pabellon situado al extremo del jardin del hotel en que Vd. se ha hospedado.

—Es imposible. Dejé á la baronesa á las nueve, y se retiró entonces á su aposento.

—Sin duda; pero una escalera escusada le permitió salir de él sin ser vista.

—¡Calumnias!

—Quizá esta esquela escrita por ella le convencerá á Vd., dijo el corresponsal entregando á Pablo un papel. El jóven conoció la letra de la baronesa, y leyó consternado las siguientes líneas.

«Nos ha seguido Vd.; está muy bien. Podrémos vernos hoy y los dias siguientes, de nueve á diez de la noche. Viva Vd. oculto hasta nueva orden.

»BARONESA DE AURILLAC.»

Cinco minutos despues, Pablo, pálido de furor y devorada el alma por todas las serpientes de los celos, entraba en el aposento de su novia, cuya traicion se hacia evidente.

—¡Dios mio! ¡qué miradas de Othello me lanza Vd.! dijo la baronesa, dando algunos pasos hácia él. ¿Si irá Vd. á tratarme como á la pobre Desdemona? Estoy segura de que sabe Vd. de mi paseo nocturno al pabellon del jardin...

—Sí, señora; ¡merced á esta esquela! dijo el jóven concentrando su ira.

—¡Mire Vd. que imprudencia cometí!... Esta es mi firma; lo confieso con toda humildad, y espero que pronuncie Vd. mi sentencia.

—Justifíquese Vd., señora; ¡oh, justifíquese Vd.! dijo Pablo juntando las manos y en tono de súplica.

—Si exige Vd. que le dé la llave del enigma, respondió la baronesa, será menester que se despidá Vd. para siempre de mí, porque considero como un ultraje las sospechas de Vd. Ya por segunda vez me juzga Vd. por apariencias engañosas. Ordene Vd., caballero; estoy pronta para darle á Vd. todos los pormenores que me pida.

—¡No, no, nada quiero saber! exclamó el jóven haciendo pedazos el escrito acusador.

—Sin embargo, dijo la baronesa con tranquila y suave sonrisa, hay una cosa que no puedo permitir ignore Vd., y es que le amo á Vd. y que soy digna de su amor?

¿Cómo resistir á semejantes palabras? Confundióse Pablo en protestas de amor y adhesion. ¿No era este el mejor camino que podia seguir?

Durante las veinticuatro horas que trascurrieron antes de que se presentasen en el baile, ni la mas leve nube se interpuso entre los dos amantes. En el rostro de Pablo brillaba el contento cuando entró con la baronesa en los salones de Frascati. Luego que los vió, un personaje de notable obesidad, que hacia media hora que estaba sentado á una mesa de whist, se levantó de repente y dijo á su compañero:

—¡Dios! ya es tiempo que me eclipse. Temo que me reconozca, á pesar de la venda negra con que tengo cubierto un ojo. Vamos, mi viejo Fevrel, sigue representando tu papel.

Apresuróse á salir el tío Bruno, y el corresponsal aprovechó la primera contradanza en que Pablo no servia de caballero á madama de Aurillac, para llevarse al jóven á uno de los salones que no llenaba la multitud.

—Aquí tiene Vd. los 250,000 francos, dijo, presentándole una cartera.

—¡Esto es maravilloso! exclamó Pablo. Debí Vd. recibir la orden de pagar por el telégrafo eléctrico.

—Sin duda, contestó Fevrel. ¡Ah jóven! hay quien se queja amargamente de las locuras de Vd. Pero me complace en creer que escuchará Vd. el lenguaje de la sana razon, que se casará Vd. con su prima...

—¡Nunca! exclamó Pablo con fuerza.

—¡Hum! Quizá cambie Vd. pronto de parecer. La suma contenida en esa cartera ha llegado tarde: se le ha anticipado á Vd. otro comprador.

—¿Qué dice Vd.?

—Y es evidentemente la persona á quien madama de Aurillac da una cita todas las noches. ¡Vamos, modérese Vd.! Su astuta baronesa tenia dos cuerdas en un arco. ¡Le engaña á usted, querido, le engañan á Vd.!

—¡Caballero! exclamó Pablo, cogiendo con violencia el brazo de Mr. Fevrel.

—Vive Dios... que si le miento á Vd. en lo mas mínimo, mañana nos batiremos hasta la muerte. Queda esto convenido. ¿Ahora quiere Vd. oirme?

—Escucho, murmuró el jóven.

—Dentro de poco la señora va á fingir jaqueca ó otra indisposicion, á fin de tener un pretexto para salir del baile. Cabalmente, mire Vd., prosiguió Mr. Fevrel, que acababa de vol-

ver con Pablo al salon principal, ¿no la vé Vd. apoyarse en el brazo de su bailador? Se lleva la mano á la frente; le busca á Vd. con su mirada antes de desmayarse... ¡Comedia, me- ra mojiganga!... Estése Vd. aquí; ¡qué diablos, necesita Vd. pruebas para confundirlos. Ya se aleja. ¡Muy bien! Dentro de diez minutos la encontraremos en el jardín del hotel. Allí se le debe entregar el título de propiedad de la quinta.

—¡Infamia! exclamó Pablo. Miente Vd., caballero. ¡Le repito á Vd. que miente!

Y corriendo donde estaba Mad. de Aurillac, se apresuró á sostenerla y á llevarla al hotel.

—Me siento mala, amigo mio, dijo la baronesa cayendo en un sillón. He ido al baile únicamente por complacerle á Vd., porque esta mañana recibí de París una carta muy extraña. El que me vendió la casa de la calle de los Santos Padres duda ahora de la solvencia, y me amenaza con un pleito si á vuelta de correo no le remito el resto de la suma que le debo. Y me es imposible realizar tan pronto 250,000 francos.

—Permítame Vd. que se los brinde, dijo Pablo, poniendo su cartera encima de un velador inmediato.

—¿Será verdad? exclamó Mad. de Aurillac, en cuyos ojos brilló la alegría.

—Pero entonces, continuó Pablo con voz temblorosa, es menester renunciar á la compra de la quinta de Rocheblanche.

—Ahora sobre todo que queda Vd. arruinado, amigo mio, dijo la baronesa, tranquilícese Vd., la quinta será mia esta misma noche.

—¡Ah, luego era verdad! exclamó el jóven con desesperación.

Y sin responder á esta exclamación, Mad. de Aurillac se levantó de su asiento, y dijo con sangre fría:

—Espero, caballero, que será Vd. bastante cortés para acompañarme al pabellon misterioso, que tanta inquietud le inspira. Dará Vd. el brazo por última vez á la baronesa de Aurillac. «Aun no se ha cumplido el mas doloroso de vuestros sacrificios.»

—¡Pecho al agua! dijo para sí el sobrino del banquero, siempre me quedará el recurso de levantarme la tapa de los sesos.

Bajaron al jardín. A medida que se acercaban al pabellon, experimentaba la jóven ligeros estremecimientos, que se comunicaban al brazo de su caballero como otras tantas chispas eléctricas.

Preguntábase Pablo á sí mismo el sentido de estas palabras:

«Aun no se ha cumplido el mas doloroso de vuestros sacrificios.» Pablo no pudo resistir por mas tiempo á la lucha mortal de la duda y de la esperanza. Habian llegado debajo de una bóveda de árboles, en donde reinaba el silencio. Ningun testigo podia oírlos.

—¡Piedad, señora! exclamó; me muero si sigue Vd. rodeándose de misterio. Un espíritu infernal, celoso de mi dicha, trata constantemente de denigrarla á Vd. á mis ojos, y da á vuestros pasos una interpretación pérfida. ¡Oh! si aun debe durar la prueba á que le place á Vd. someterme, ya me siento sin fuerza para vencer los celos que me corren el alma.

—Pablo, respondió Mad. de Aurillac elevando la voz, ¿será menester repetirle á Vd. que le amo y que soy digna de su amor.

Apenas habia pronunciado estas palabras cuando una luz, tan rápida como resplandeciente, surcó toda la estension del jardín. Lanzábanse á las ramas agitadas de los tilos serpientes de fuego, que corrian por el césped inmediato y se enroscaban en torno de las columnas del pabellon. Ilumináronse de repente como por encanto las cercanías, y Pablo no pudo contener un grito de sorpresa.

Levóle Mad. de Aurillac hacia una especie de cobertizo construido á poca distancia, y cuyos pilares estaban adornados con guirnaldas de verdura. Debajo del cobertizo estaba alumbrada con una multitud de luces una mesa ricamente servida, á la cual acababa de sentarse el tío Bruno para hacer los honores de una cena espléndida á un gran número de convidados, entre los cuales figuraba el corresponsal y uno de los principales escribanos del Havre.

El novio de la baronesa estuvo por creer que era juguete de un sueño.

—¡Ah, ah! ¿es Vd., señor sobrino! le dijo el banquero. ¡Venga Vd. acá, que le quiero echar un buen sermón!

—Ya sabia Vd. mi determinación, tío mio, y me dejó Vd. libre de ejecutarla.

—Sí, lo mismo que dejaría libre á un loco para correr al río. Y mis proyectos, caballero, ¿se figuraba Vd. que habia de renunciar á ellos? Desengáñese Vd. La señora baronesa ha tenido la bondad de comprenderme; sabe que le tengo destinada á Vd. mi hija, y le ruego acepte una de mis mas hermosas propiedades de estas cercanías, en recompensa del consentimiento que da á este matrimonio. Le pertenece desde hoy la quinta de Rocheblanche, con la condicion de darme en ella un alojamiento cualquiera y el derecho de cazar en sus tierras.

—¿No se lo habia dicho á Vd.? murmuró el corresponsal al oído del jóven.

La compañera de Pablo leia mientras tanto con toda calma el título de propiedad que acababa de entregarle el tío Bruno.

—¡Con qué, señor, la conducta de Vd. no era sino una odiosa perfidia! exclamó el jóven cuya voz se estremecía de indignación. También ha aceptado Vd. como recompensa...

—Dispénsese Vd., caballero; su tío de Vd. le dirige la palabra, interrumpió la baronesa sin manifestar la mas mínima turbación.

—Ni mas nimenos, muchacho, dijo Mr. Bruno; trátese de estampar buena mente tu firma en este papel. Es tu contrato matrimonial con tu prima. ¡Despacha, que me muero de hambre!

—¡Antes la muerte! exclamó Pablo rechazando con desesperación el contrato que le presentaban.

A esta trágica exclamación, una ruidosa alegría hizo resonar todos los ecos del jardín.

El jóven que se veia indignamente burlado, quiso hacer nuevos cargos á Mad. de Aurillac; pero esta tomó la pluma que le presentaba el escribano, firmó el contrato, y la ofreció en seguida á Pablo.

—A Vd. le toca ahora, caballero, dijo sonriéndose.

Pablo creyó que se iba á morir de gozo al oír estas palabras al pie del contrato del escribano: «CLEMENCIA BRUNO, condesa viuda de Montbreuil.»

—Vamos, prosiguió la graciosa jóven, veo que perdona Vd.

á la baronesa de Aurillac el que haya tomado este pseudónimo para saber hasta qué punto seria amada su prima de Vd.

—Harto tiempo hace ¡vive Dios! dijo entonces Mr. Bruno, que los bribones de los sobrinos chasquean á los tíos: justo es que los tíos los chasqueen á su vez.

—¡Ah! querido suegro, ¡ojalá fuesen como este todos los chascos! respondió Pablo cubriendo de besos la mano de su prima.

E. DE M.

## Montañas de nieve.

En el Atheneum hallamos los detalles siguientes acerca de las montañas de nieve descubiertas hace cuatro años al Este del Africa:

«Estas montañas, las de Kilimanjaro y Kenia, descubiertas por los misioneros Rebmann y Krapf, residentes en Rabbai-Empia, cerca de Mombas. Kilimanjaro está situado al 3° y medio grado de latitud Sud, y al 37° de longitud Este, cerca de 160 millas geográficas Oeste y Noroeste de Mombas. Estos misioneros han emprendido su viaje en 1847 y se han contentado con indicarnos simplemente estas montañas, no teniendo medios para hacer estudios científicos profundos; pero nosotros debemos la atención de algunos detalles acerca de los habitantes, las producciones, el clima y la naturaleza de estas montañas, á M. J. H. Short, capitán de varios barcos del iman de Mascate.

«Bajo el Ecuador, el rio caudaloso de Juba ó Jub entra en el Océano Indio. Las avenidas de este rio son fáciles en toda estación. Yo he remontado este rio, y he encontrado siempre indígenas dulces, pacíficos y dispuestos á entablar relaciones comerciales con los extranjeros. A cierta distancia apercibí altas montañas que encierran, á lo que se dice, minas muy ricas. Yo remonté el Juba en un pequeño schooner, cuya tripulación se componia de indígenas de la costa de Zanzibar. En noviembre de 1849 percibí nuevas montañas muy elevadas, con la cima muy blanca, pero dudo mucho que su blancura proviniese de la nieve.

«El capitán Short, que no ha visto jamás nieve bajo los trópicos, no ha podido creer en su existencia, y atribuía á otra causa el coronamiento blanco de estas montañas. Sin embargo, segun el informe de situación y de forma, es seguro que los misioneros y el capitán hablan de los mismos puntos, y que la cima del Kilimanjaro está perpetuamente cubierta de nieve.

«Segun el curso de esta cadena, es probable que estas montañas encierran el secreto del origen misterioso del Nilo; porque sus manantiales han opuesto obstáculos insuperables á los atrevidos viajeros, que por la Nubia, el lago Tsad, ó la costa Oeste, han intentado llegar hasta allí. Además de las dificultades naturales, es preciso todavía atravesar tribus guerreras que miran á los extranjeros como á sus mortales enemigos, y que no podrían dominarse sin muchos esfuerzos.

«La costa de Zanzibar es la que ofrece mas probabilidades de buen éxito. En todo caso, un viaje á Kilimanjaro basta para satisfacer la curiosidad del viajero mas ávido de novedades. Hoy son fáciles las comunicaciones entre Inglaterra y Mombas por Eden. De Mombas se necesita cerca de doce dias para llegar á las montañas; y sin embargo ningun viajero ha osado penetrar en aquellas regiones para prestar á la ciencia geográfica el servicio de establecer de una manera positiva la posición y la naturaleza de estas montañas de nieve bajo el Ecuador. Segun los informes de varios misioneros, el clima es excelente, sano y bastante templado. Los naturales de estos países son dulces y pacíficos, y el iman de Mascate, que reina en todas aquellas costas, está muy bien dispuesto á recibir á los europeos, y á proteger y secundar sus empresas.

## Caza del kangwin ó gervo en la Australia del Sur.

La raza del kangwin ó gervo tiene una figura y unas proporciones particulares. La parte delantera de este animal parece algo débil y como atrasada en comparación de la parte trasera que está admirablemente desarrollada. Sus cuartos traseros son grandes y vigorosos y tienen en la planta de los pies una especie de callosidad que les coge hasta los dedos, siendo sobre esta parte sobre la que descansa regularmente todo el cuerpo, guardando el equilibrio con la cola que es muy fuerte y musculosa. Apesar de esta particular conformación es bastante ligero y da unos saltos tan grandes y con tanta agilidad, que á veces es muy difícil alcanzarle. Los machos suelen apoyarse sobre las puntas de los dedos sosteniendo el equilibrio con la cola que les sirve de tercer pié, y entonces parecen sumamente altos: cuando luchan se sostienen algunos momentos solamente con la cola, y atacan á sus enemigos con todos sus miembros, siendo tanta la fuerza de los pies traseros, que de un solo golpe dejan muerto á un perro de los mayores, y aun el mismo cazador debe acercarse con gran precaución á un kangwin ó gervo herido. No teme el agua; y cuando se ve perseguido se precipita á ella, sustrayéndose á nado de sus innumerables enemigos. Entre estos, el mastemible es el hombre, que ha inventado varios métodos para apoderarse de la caza mayor del país. Los indígenas se servían de lanzas y mazas pesadas, y los colonos ingleses se sirven de armas de fuego y de una clase de perros medio alanos y medio perdigueros muy fuertes, ligeros y feroces, que estan muy adiestrados para este género de caza. No conviene enviar un perro solo contra un gervo, porque admitiendo este el combate, es fácil desgarrar de una sola manotada ó zarpada el vientre y pecho de su contrario.

Comunmente se caza con tres ó cuatro de estos perros, de los que unos entretienen al gervo, mientras otros esperan el momento de arrojarle sobre él y ahogarle. Ya se ha visto á un gervo coger á un perro con las patas delanteras, y oprimiéndole fuertemente, saltar con él á un estanque próximo, donde le tuvo dentro del agua hasta que no dió señales de vida: los machos viejos son los que suelen hacer esto, y aun dicen que tambien han intentado lo mismo con un hombre. Gould nos escribe circunstanciadamente la caza de uno de estos animales. Sus perros sorprendieron una vez á un macho viejo; lo primero que hizo este fué levantarse y mirar alrededor; en seguida después de algunos saltos volvió á bajarse, echando á correr con tal ligereza, que apenas le podian seguir los perros. Anduvo mas de catorce millas inglesas sin pararse; y si le hu-

biera favorecido la casualidad, no solo hubiera corrido mucho mas, sino que probablemente se hubiera escapado. Desgraciadamente se metió en una pequeña lengua de tierra que entraba en el mar, donde era imposible retroceder. Acosado de cerca por los perros, se arrojó al agua, y ya habia andado un gran trecho, cuando á las cincuenta oleadas le hicieron volver, y llegando á tierra sumamente fatigado, fué fácil matarle. Sus cuartos traseros pesaban setenta libras. Las hembras son muy tímidas, y apenas se atreven á defenderse, soliendo algunas veces morir de miedo al verse acosadas por los perros.

## A LA DESTRUCCION

### DE LA ARMADA INVENCIBLE.

#### ODA.

¿Por qué tiembla, Albion, ciudad pirata,  
Que cual ave marina el vuelo tiende  
Desde la triste roca en que se anida,  
Y arrebatarse pretende  
Al hispano poder las ricas joyas,  
Que en ruda lid la conquistaron fieros  
De Cortés y Pizarro los aceros?  
Tiembla, porque indignada de coraje  
La sangre hispana se encendió en el pecho  
Del segundo Felipe al rudo ultraje,  
Y armado de su fuerza y su derecho  
El monarca gritó: «¿Dó mis valientes?  
¿Han muerto los soldados de Lepanto?  
¿Despierten las espadas y los remos,  
Y de Albion las hijas insolentes  
A mis pies doblen las altivas frentes:  
¡Vaya y rasgue mi armada  
Su verde cenidor de agua salada.  
¡Vaya de San Quintín mi real bandera  
Sobre un bosque de acero desplegada,  
Y ácese en Albion altiva y fiera.

¿Dó vuelan esas naves  
Sueltas sus blancas lonas, cual las alas  
De gigantescas aves?...  
.....Ligeras banderolas  
Besadas por los vientos juguetean,  
Se miran en las olas;  
Las quieren imitar: ved cuál ondean!...  
Los rojos y amarillos pabellones,  
Mirad cómo se agitan,  
Ostentando castillos y leones.  
Ved los férreos cañones  
Heridos por el sol, cuál centellean!...

¿Adónde va esa armada  
En tren majestuoso, cual terrible,  
Como flecha lanzada?  
Hacia Inglaterra va: «Es la Invencible.»  
¡Ay de tus hijos, Albion la erguida,  
En medio el Océano!  
Tu frente será herida  
Por la potente mano  
Del irritado y vencedor hispano!  
Mira si puedes tu pesada bruma  
Rasgar solo un momento,  
Como nubes de verde y blanca espuma.  
Alzando, mas de ciento  
Ricos gallardos buques  
Van á tí, en pavoroso movimiento.

No de tus hijos la impotente saña  
Resistirá el valor de los de España:  
Que no resiste la serpiente impura  
Del águila imperial la garra dura.  
Perdida eres, Albion; mas... ¿Qué ruido

Cual rugir de cien truenos  
Retumba embravecido?  
¡Ay de las naves, los que dentro han ido!  
Que el genio de las nieblas y los mares  
Clavó su vista airada  
En la gigante armada....

.....Su oscura frente en pliegues de vapores  
Cual fatídico espectro, alzóse envuelta,  
Y sacudió en los vientos voladores  
Cabellera de nubes larga y suelta;  
Y sus ojos brillaron  
Como diamantes negros,  
Y relámpago ardiente destellaron.

¿Quién osa á la Inglaterra  
Ajeno del pavor al torpe frio?  
¿Qué pueblo de la tierra  
Se atreve á hacerle guerra,  
Y ataca su dominio, que es el mio?  
Si es el leon de España, en vano afila

Sus garras opresoras:  
«Londres, duerme tranquila  
«Bajo mis negras alas protectoras.»  
Dijo, y alzando su agitado vuelo  
Con él se conmovió la mar y el cielo.  
Y el agua murmurando  
Sonidos misteriosos,  
Lamió las naves, y siguió ondeando....

Ya suena temeroso  
Del trueno aproximándose el bramido,  
Del mar lanzan los senos  
Prolongado mujido;  
Y el viento en son rabioso  
Ahulla con furor rotos sus frenos.  
¡Ay de la armada y los que dentro han ido!

Relámpago fugaz cruzó el espacio,  
Le iluminó un instante:  
Que el sol, cual un gigante  
Deslumbrador topacio,  
Surgido en las aguas ya se habia.  
¿Quién de la negra noche  
Oculta su frente húmeda y fria,  
Si solo muerte y duelo  
En los olas del mar encontraría?

Y en tanto los guerreros  
 Morir sin pelear! No hallar contrario  
 En que hundir sus inútiles aceros  
 Indefensos del mar al choque vario.....  
 «Tus buques se rompieron,  
 »España, en mil astillas:  
 »Tus hijos perecieron.....  
 »Mas ni el inglés, ni el mar, ni el viento, hicieron,  
 »Españoles, doblar vuestras rodillas.  
 Sombras de los invictos españoles,  
 Que hallaron sepultura  
 Igual á su bravura  
 Del verde mar en las inmensas moles;  
 Los que en la noche oscura

Os cerneis vaporosas en las brisas,  
 O del agua oscilais en las corrientes....  
 ¡Gloria á vosotras «sombras de valientes!»  
 Inmarcesible gloria  
 A los que en la pelea  
 Encadenaron siempre la victoria.  
 Oid, que á un solo grito,  
 Reunidos en su cónclave infinito,  
 Esclaman las edades:....  
 «Los lauros que arrancásteis en Lepanto  
 »Al hierro fiero, con rabioso llanto,  
 »No pueden marchitar las tempestades.»

BRUNO MORENO GUERRERO.

Marzo de 1856.



Alegoría del mes de Setiembre.

EL MES DE SETIEMBRE.

Difficil es, muy difícil  
 Dar variedad á mi estilo  
 En esta série de cantos  
 Que son tan poco distintos.  
 Tiene el año doce meses  
 Y he de hilvanar doce idillos  
 Completamente diversos  
 En su fondo y apellidos.  
 Lo del apellido pase,  
 Porque desde luego aviso  
 Que las cuestiones de nombre  
 Jamás me importan un pito.  
 Además de esto, los meses  
 Tienen ya sus nombres fijos  
 Y un calendario pudiera  
 Sacarme del compromiso.  
 Pero el fondo es otra cosa,  
 Y harto temo que el destino  
 En vez de mostrarme el fondo  
 Me precipite al abismo.  
 Yo bien sé que enero y julio,  
 Aunque hermanos parecidos,  
 Muestran en sus diferencias  
 Que no nacieron mellizos.  
 Pero estas desemejanzas,  
 Que fácilmente sentimos,  
 Son tan escasas y oscuras  
 Entre los meses vecinos,  
 Que cual si fueran gemelos  
 Engañan nuestros sentidos,  
 Siendo el uno para el otro  
 Digna imagen de sí mismo.  
 Es fácil decir que enero  
 Nos hace temblar de frio  
 Con su helada batería  
 De nieve, escarcha y granizo,  
 Y encontrar la diferencia  
 Que luego en julio advertimos,  
 Considerando que julio  
 Nos hace sudar el quilo.  
 Mas ¿qué diré de setiembre,  
 Asunto de este capítulo,  
 Que de su compadre agosto  
 No se haya dicho y redicho?  
 El uno se ostenta armado  
 De caniculares brios,  
 Y el otro cempite en estos  
 Gimnásticos ejercicios.  
 El uno causa catarros  
 En matinal remusguillo,  
 Y el otro en casos iguales  
 Suele engendrar reumatismos;  
 Y decir será forzoso  
 Por estos justos motivos

Que uno y otro participan  
 Del invierno y del estío.  
 Sin embargo, examinados  
 Con cuidado estos mestizos,  
 En cada cual hallaremos  
 Sus rasgos característicos.  
 Agosto, el de frio en rostro,  
 Da al verano el finiquito  
 Encerrando en las paneras  
 Cebada, centeno y trigo:  
 Los puertos de mar anima  
 Con el precioso atractivo  
 De los baños, consagrados  
 A tan diversos oficios,  
 Como que en los tales baños,  
 Segun el tiempo invertido,  
 Dicen que engordan los flacos  
 Y adelgazan los rollizos.  
 Agosto, en fin, aconseja  
 Correr del campo los sitios,  
 Por comodidad buscando  
 El aire en vez del abrigo.  
 Setiembre ya se pronuncia,  
 Si bien suave y comedido,  
 Por la estacion en que Febo  
 Comienza á embotar sus tiros.  
 Los bañistas no se bañan  
 Sino en momentos propicios,  
 Porque parece que empiezan  
 A sentir escalofrios.  
 Los que salieron al campo  
 Se vuelven arrepentidos,  
 Y aquellos que aun no se vuelven  
 Andan rondando el camino.  
 En fin, agosto declina  
 Y queda setiembre en vilo;  
 Aquel amaga en otoño,  
 Y este en el otoño mismo.  
 ¡El otoño! Esta es la ganga  
 Mas feliz de los nacidos;  
 La estacion por excelencia  
 De la zona en que yo escribo.  
 La primavera nos brinda  
 Con seductores hechizos  
 Que el espíritu embelesan  
 Cautivando los sentidos.  
 Pero en su temperatura  
 Cambia sin ton y sin tino,  
 Saltando del hielo, á veces,  
 A los calores de un brineo.  
 No nos halaga el otoño  
 Con esos colores vivos  
 Que en esmeralda engarzados  
 Nos muestra el abril florido.  
 Pero á falta de este y otros  
 Estimables requisitos,  
 Nos obsequia con un tiempo  
 Muy templado y muy tranquilo.

Verdad es que allá en los mares  
 Suele haber sus remolinos  
 De agua y viento á la presencia  
 Del equinocio debidos.  
 Pero este mismo equinocio  
 Presenta pocos peligros,  
 Segun los mejores datos  
 De inteligentes marinos.  
 Y ¡qué diablo! ya sabemos  
 Que nunca será ni ha sido  
 Completa la dicha humana  
 En el globo en que vivimos.  
 El amor, que en la apariencia  
 Brinda placeres divinos,  
 A veces en cada halago  
 Nos suele dar un pellizco.  
 Bien podemos á setiembre  
 Indultar caritativos,  
 Porque entre muchas virtudes  
 Muestra ó esconda algun vicio.  
 Y en efecto, si setiembre  
 Tiene, como he referido,  
 Sus contras en mar y tierra  
 Por costumbre ó por capricho,  
 Tiene tambien sus ventajas  
 En número muy crecido,  
 Y bien puede por la gloria  
 Disimularse el martirio.  
 Entre los brillantes dotes  
 Que en este mes descubrimos,  
 Descuella su buena prenda  
 De justo y equitativo.  
 Los astrónomos le han puesto  
 Una balanza por signo,  
 La opinion justificando  
 De sus imparciales juicios,  
 Y respetar es forzoso  
 Al mes templado y benigno  
 Que está por la diosa Témis  
 Gobernado y protegido.

J. M. VILLERGA.

BALADA.

LO DE SIEMPRE.

La niña bonita  
 Que todas las tardes  
 Pasea en el bosque  
 Con un tierno amante,  
 Sus manos de leche,  
 Trae llenas de sangre.  
 —¡Niña! ¡niña! ¡niña!  
 Le dice su madre;  
 ¿Por qué traes la manos  
 De color de sangre?  
 ¡Ay de mí! responde  
 La niña: ¡Dios sabe  
 Que al coger las rosas  
 De nuestros rosales  
 Traidoras espinas  
 Hiciéronme sangre!

La niña bonita  
 Que todas las tardes  
 Pasea en el bosque  
 Con un tierno amante,  
 Trae sus puros lábios  
 De color de sangre.  
 —¡Niña! ¡niña! ¡niña!  
 Le dice su madre;  
 ¿Por qué traes los lábios  
 De color de sangre?  
 —¡Ay de mí! responde  
 La niña, ¡Dios sabe  
 Que comiendo moras  
 Allá en los zarzales,  
 Teñíme los labios  
 De color de sangre!

La niña bonita,  
 Que todas las tardes  
 Pasea en el bosque  
 Con un tierno amante,  
 Su rostro hechicero  
 Ya pálida trae.  
 —¡Niña! ¡niña! ¡niña!  
 Le dice su madre;  
 ¿Por qué está tan pálido  
 Tu hermoso semblante?  
 —¡Ay madre! responde  
 La infeliz ¡ay madre!  
 ¡Si mis manos viste  
 De color de sangre  
 Fué porque en las suyas  
 Las cogió mi amante;  
 Si viste mis labios  
 De purpúreo esmalte,  
 Fué porque á los suyos  
 Los juntó mi amante;  
 Y hoy miras mi rostro  
 Como de cadáver  
 Porque me ha engañado  
 Mi pérfido amante!

V. BARRANTES.

15 de marzo de 1855.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Establecimiento Tipográfico de LAS NOVEDADES y de LA ILUSTRACION, calle del Barco, núm. 2.